

12

MONS. EDUARDO GASNIER, DE LA SOCIEDAD DE LAS MISIONES
EXTRANJERAS DE PARIS

Vicario apostolico de la Malasia.

E

Sumario del Número 359

LAS MISIONES DEL EXTREMO ORIENTE..	221
MALASIA. — <i>Carta de Mons. Gasmier.</i> — Recuerdos pasados y estado actual de la Misión. — Los niños de los bosques. Estaciones necesarias en Perack y en el Estado de Salangore.	224
ALTO CONGO — <i>Carta del R. P. Guillemé.</i> — Viaje al Africa ecuatorial. — Escenas de costumbres; detalles interesantes y pintorescos. — Guerra á las supersticiones. — Pobreza de los neófitos. — El campamento del misionero. — Culto á los espíritus y á los antepasados. — Vuelta á Kibanga.	230
ATHABASKA-MACKENCIA. — <i>Carta del R. P. Dupire.</i> — La vida ordinaria del misionero en la América del Norte.	259
CRÓNICA DE LA OBRA. — La Propagación de la Fe.	267
NOTICIAS DE LAS MISIONES.	269
NECROLOGÍA. — Mons. Bruyère. — RR. PP. Gaudeul y Baudin. M. Bailloud.	280

INDULGENCIAS

Llamamos muy especialmente la atención de los sacerdotes asociados sobre el cuadro de las indulgencias publicadas en la página tercera de la cubierta.

LES MISSIONS CATHOLIQUES

Boletín hebdomadario ilustrado de la Obra de la Propagación de la Fe

QUE SE PUBLICA LOS VIERNES

En números de 12 páginas en 4° mayor, á 2 columnas

CARTAS Y NARRACIONES DE LOS MISIONEROS
VIAJES. — GEOGRAFÍA, CIENCIAS, ARTES. — MAPAS
Y GRABADOS INÉDITOS

PRECIO DE SUSCRICIÓN : 10 FRANCOS AL AÑO

Este Boletín se dirige á todas las personas que desean conocer sin retraso las noticias de las Misiones y los detalles variados que no tienen cabida en los *Anales*.

SE SUSCRIBE

En LYON, en la oficina de las *Misiones católicas*, rue d'Auvergne, 6.

En PARIS, en casa de V. LECOFFRE, rue Bonaparte, 90.

En BRUSELAS, en casa de H. GOEMAERE, rue de la Montagne, 52,

En LIEJA, en casa de SPÉE-Z-LIS, rue Vinave-d'Ile, 25.

LAS SUSCRICIONES SE RECIBEN EN LETRAS Ó EN SELLOS DE CORREO

Se reciben también suscripciones en Lyon, París, Bruselas, Lieja y Londres, para las ediciones extranjeras.

Edición italiana (hebdomadaria) : *Le Missioni cattoliche*, publicada en MILAN; para Francia, 13 francos.

Edición alemana mensual) : *Die katholischen Missionen*, publicada en FRIEBURGO (Bade); para Francia, 7 francos.

Edición holandesa (mensual) : *De katholieke Missien*, publicada en BOIS-LE-DUC; para Francia, 10 francos.

Edición española (bimensual) : *Las Misiones católicas*, publicada en BARCELONA; para Francia, 16 francos.

Edición polonesa (mensual) : *Missye katolickie*, publicada en CRACOVIA; para Francia, 10 francos.

Edición inglesa (mensual) : *The Catholic Missions*, publicada en LÓNDRES, 27, Wellington street, Strand, para Francia, 3 fr. 75

Edición húngara (mensual) : *A Kath Hitte, jesztes Lapjai*, publicada en GRAND-VARADIN (Hungria); para Francia, 6 francos.



LAS MISIONES DEL EXTREMO ORIENTE

EMOS recibido numerosas cartas de las provincias devastadas por la guerra franco-china. En la imposibilidad de reproducirlas textualmente por no permitirlo el espacio de los *Anales*, vamos á dar aquí un breve resúmen.

M^{br} Chausse, vicario apostólico del Kuang-tong, después de hablar de la prudencia necesaria en Cantón para no despertar el rencor de la muchedumbre contra los cristianos, y para recuperar sin violencia lo que han perdido con motivo de los alborotos ocasionados por la guerra, hace el siguiente resúmen de la situación de la provincia, situación que es, en general, la misma en todas las cristiandades del celeste Imperio :

Si las angustias del primer momento han desaparecido casi totalmente, en cambio la intranquilidad y la miseria reinan en todas partes. Los mandarines fingen ignorar la existencia de los misioneros; y á fe que esta es la mejor protección que pueden dispensarnos en los tiempos que corren; pero desgraciadamnte no se muestran tan indiferentes cuando se trata de los cristianos, sino que saben encarcelarlos, usar de medios, llamados legales, para quitarles la gana de abrazar la religión, y de las amenazas pasar á vías de hecho. Su disposición de ánimo esta retratada en estas palabras que repiten á cada instante : Si no hubiera sido por los cristianos del Tonkin, la Francia no hubiera podido nunca conservar su conquista.

Otro síntoma poco tranquilizador es el diluvio de ministros protestantes que ha inundado todo el Kuang-tong después de la guerra franco-china. Chinos, Prusianos, Ingleses y Americanos invaden el país, haciendo una tenaz propaganda aun entre nuestros mismos cristianos para atraerlos. Tengo para mí que los miles de dollars que todos

los años derraman á profusión en el país, no han dado un magnífico resultado, si bien es verdad que sus hospitales les proporcionan cierta influencia...

M^{gr} Puginier nos envia la relación de una visita pastoral en su vicariato. Con la paz se han multiplicado las conversiones; en estas pobres cristiandades devastadas por la guerra se vienen realizando aquellas antiguas palabras de Tertuliano, y la sangre de los mártires es una semilla de cristianos. Si los misioneros siembran siempre entre lágrimas, ya cosechan en medio de una dulce alegría.

Por esta relación comprenderán Vds., dice al terminar este venerable prelado, las dificultades que mis misioneros y yo tenemos que vencer, las contrariedades y las penas que tenemos que aguantar y las palpables injusticias que tenemos que sufrir por disminuir el reino del demonio y estender el de Jesucristo entre los infieles. Todo esto se revela contra la naturaleza, y sin embargo debemos observar mucha calma, prudencia y reserva, esto es, quejarnos lo menos posible y hacer el sacrificio de lo que no podemos alcanzar, á fin de no comprometer la situación con un celo impaciente. Ayúdenos Vds. á conseguir del Señor estos dones preciosos y necesarios para obrar el bien.

Mientras que nuestras cristiandades de la China y del Tonkin se levantan, ha venido á confirmarse la destrucción completa de las estaciones establecidas entre el Tibet y el Yun-nan. Hé aquí en qué términos resume este desastre una memoria que hemos publicado en las *Misiones católicas* :

En 1846 se confió á la Sociedad de las Misiones Extranjeras la misión del Thibet, que comprende todo el país sujeto á Talaïlama ó rey de Lhasa, más los distritos thibetanos del Su-tchuen y del Yun-nan, cuya administración depende enteramente de los gobernadores de estas provincias. A pesar de todos los esfuerzos de los misioneros, no les ha sido posible hasta hoy penetrar de una manera estable en el interior del Thibet. Han conseguido, sin embargo, á costa de in-

menos trabajos, fundar algunas cristiandades thibetanas en los países limítrofes sujetos á la jurisdicción de la China. Los principales centros evangelizados son Tatsienlu, Chapa, Batang, Yaregug y Yerkalo, en el Su-tchuen; Atentse, Tseku y Uysy, en el Yun-nan. Mas, á excepción de las dos primeras, todas estas cristiandades acaban de ser devastadas sucesivamente, sus establecimientos incendiados ó demolidos y los cristianos y los misioneros expulsados. No ha habido en verdad que lamentar ningún degüello, y hasta parece que se había dado la consigna de evitar la efusión de sangre; mas, por lo demás, este desastre es comparable al de las misiones del Annam en 1883, que se ha llevado á cabo á vista de la autoridad china, única responsable, y aun puede decirse, con su complicidad.

No hablaremos aquí de las inundaciones que han acarreado la pérdida de millones de habitantes en el Celeste Imperio; ni de la miseria que ha de reinar como consecuencia inevitable, porque todas las cosechas se han perdido en ciertas provincias; pero nos haremos éco de los ayes lastimeros que los misioneros dirigen á sus hermanos los católicos, y diremos á nuestros lectores: A tan grandes males, mayores remedios.





Misiones de Asia

VICARIATO APOSTÓLICO DE MALASIA

La Misión de la Malasia ó de la península de Malacca abraza esta larga y estrecha península, en cuyo extremo meridional empieza la Indo-China. Mons. Gasnier, natural del Anjou, gobierna esta hermosa misión desde el año 1878. En 1857, este jóven apóstol, que apenas contaba veinticuatro años, puso por primera vez el pie en Singapore, que es la ciudad mas importante y la residencia episcopal del vicariato. Veinticinco misioneros le segundan en su laborioso apostolado, y trabajan con un celo admirable, como puede verse por la carta siguiente, en que florezca la verdadera fe en esta tierra bendita, que san Francisco Javier regó con sus sudores hace ya más de tres siglos.

CARTA DE MONS. EDUARDO GASNIER

DE LA SOCIEDAD DE LAS MISIONES EXTRANJERAS DE PARIS
OBISPO TITULAR DE EUCARPIA, VICARIO APOSTÓLICO DE LA MALASIA



ESTOY admirado del celo con que los *Annales de la Propagación de la Fe* dan á conocer á sus lectores los esfuerzos tentados en todas partes para abrir nuevos países á los beneficios del Evangelio. Sin embargo, aquí, en esta antigua península conocida ha ya tantísimos años, existen regiones verdaderamente inexploradas y pueblos literalmente nuevos. A este propósito voy á hablar á Vds. del interior de la península de Malacca.

Recuerdos antiguos.

En 1411 los Malese hicieron por primera vez su aparición sobre la costa, posesionándose á sangre y fuego. Al mismo tiempo que su dominación, trataron de imponer á los habitantes el mahometismo. Los pueblos del litoral no queriendo someterse ni á uno ni á otro, abandonaron á los invasores sus campos y sus huertas y se retiraron á los bosques y á las montañas, donde hasta ahora han vivido sin tener ninguna relación con sus despojadores. Un siglo más tarde la aparición de los Portugueses los dejó enteramente intactos, porque sólo deseaban tener en Malacca un almacén y un sitio de descanso para la numerosa flota que recorría los mares desde las Indias al Japón. Los Holandeses que sucedieron á los Portugueses un siglo después, observaron la misma política y dejaron en su retiro á estos pueblos aborígenes.

Aunque la Iglesia de Malacca estaba á la sazón muy floreciente, á pesar de las persecuciones de los fanáticos protestantes de Holanda, no se hizo nada por establecer entre los pueblos indígenas el reino de Jesucristo. El mismo celo de San Francisco Javier encontró un insuperable obstáculo ante el fanatismo é ignorancia de estos Malese mahometanos. Hasta la grande invasión birmana en Siam nadie profesaba la religión católica, fuera de algunos descendientes de Portugueses, ó algunos Indios. Después de la victoria de los Birmanos, algunos cristianos de Siam, para librarse de la esclavitud, atravesaron la península de Malasia y fueron á establecerse en la isla de Ceilán; de aquí descendieron á Pinang, donde formaron en Pulo Tikus el primer nucleo de un pueblo indígena cristiano. M^{gr} Albrand fué el primero

que creó en Singapore, entonces ciudad nueva, una misión china. Los chinos, estimulados y favorecidos por los Ingleses, no tardaron en ir á cultivar un país que los Maleses habían dejado completamente inculto, y de este modo la inmigración se fué acentuado de año en año hasta el punto de que en 1887 se registraron en Singapore 151 000 inmigrantes. Y á pesar de la vuelta al Celeste Imperio de un gran número de estos emigrantes, y aunque la mortandad ha sido muy considerable en esta clase, aun existen hoy más de 800 000 Chinos en la parte oeste.

Historia actual de Malacca.

Esta estensa comarca estaba bajo la administración del vicariato apostólico de Siam, cuando la Santa Sede formó de ella sola un vicariato separado el 3 de enero de 1840. Durante los cuarenta primeros años fué preciso atender á la administración de esta colonia inglesa, que ha seguido un constante desarrollo. Singapore y Pinang son, en efecto, poblaciones que cuentan de 140 000 á 150 000 habitantes. En la primera existen 4000 cristianos europeos ó semi-europeos, y unos 2500 chinos; en la segunda hay 2000 cristianos de la primera categoría, 12 000 cristianos chinos y unos 2000 indios. Los puestos adyacentes toman también de día en día un extraordinario desarrollo. La antigua ciudad de Malacca, aunque ha decaído mucho de su esplendor, cuenta aun más de 2000 cristianos.

Para salvar la fe de estos néofitos en estas diferentes poblaciones, ha sido preciso protegerlos contra los ministros del error y sobre todo, dar una educación cristiana á sus hijos; para esto hemos tenido que crear establecimientos que han exigido grandes sacrificios. Nues-

tros cristianos, halagados por los empleos lucrativos que les ofrece la colonia, esperan naturalmente que nosotros les demos una educación igual á la de las escuelas del gobierno. Esto precisamente nos pone en la absoluta necesidad de luchar con establecimientos, cuyos pingües salarios procuran profesores aptos y experimentados. Con la bendición de Dios y el ánimo de los misioneros se han podido fundar estas escuelas; así que ahora ningún católico tiene el menor pretexto para ir á buscar la ciencia en las aguas emponzoñadas por los errores de la herejía.

Los niños de los bosques.

Mas, junto á esta civilización y a corta distancia de estas ciudades en las que el culto católico ostenta esas magníficas iglesias de la vieja Europa, se encuentran los pobres salvajes que, espiritual y moralmente, se hallan en el estado más primitivo. Éstos no están aun inficionados del vicio de la civilización; están, por el contrario, esperando la luz y pidiendo á voces que se les haga cristianos; ¿hemos de dejarlos perecer cuando los tenemos á cuatro pasos de nosotros? Ya se ha dado principio á un ensayo, el cual ha sido coronado con los más felices resultados. El P. Borie, hermano del venerable obispo de Acantho, ha pasado largos años con detrimento de su salud trabajando entre estos salvajes. El método empleado por él no ha obtenido el resultado que merecía su celo; pues había creído conveniente hacerlos dejar sus bosques. Ha podido bautizar más de 600 cristianos; pero éstos han huido todos á los países montañosos, porque aun no están bien dispuestos para recibir nuestra civilización. Así es que ahora, sin desalentarnos, tenemos que ir á buscar en sus guaridas á esta pobre gente, puesto que no quieren vivir entre nosotros. Y aun será preciso, por espacio de

dos ó tres generaciones, dejarlos abandonados á su vida nómada, y vivir entre ellos su género de vida. Después de todo ya está hecha la tentativa. Dos Estados maleses protegidos por la Gran Bretaña tienen un misionero.

Una estación necesaria en Perack.

En el Estado de Perack, que es el primero que se ha encontrado en contacto con los Ingleses, el P. Allard se ha ofrecido á abrir una misión en la capital. En Taheping habitó al principio una mala cabaña; pero las autoridades inglesas, aunque protestantes, han reconocido su abnegación y le han dado un terreno, en el que ha construido una iglesia de madera, quedando así este puesto, necesario como base de operaciones para el interior, provisto de una iglesia muy regular construida casi totalmente con el dinero del gobierno musulmán y de los protestantes. Una vez fundado este puesto, este infatigable apóstol, que cuenta treinta años de misión, se ha retirado al interior, y en su nueva estación dedicada á San José ha podido crear otro tan floreciente como el primero. Allí cuenta con 400 cristianos chinos, ha bautizado 432 moribundos en el hospital y 22 catecúmenos. Pero es preciso ir á buscar estos salvajes á dos jornadas de distancia. Así es que este buen anciano no puede tomar sobre sus hombros una carga tan pesada; para ello necesita un joven auxiliar.

Mas se necesitan grandes recursos para esta creaciones diferentes; y como el país está inundado de acaparadores de estaño, los jornales y los alimentos están á precios exorbitantes, y los barcos, que son indispensables para atravesar los ríos, cuestan aquí un dineral. ¿Hemos de resignarnos á que por falta de recursos nos tomen la delantera los ministros del error?

**Otra estación por establecer en el Estado
de Salangore.**

Lo que se ha hecho en el sultanato de Perack, se ha intentado igualmente en el de Salangore. Hace tres años que yo mismo fui con el P. Letessier á fundar el primer establecimiento en Kualla Lumpu, capital de este Estado. Aquí hemos tenido que gastar sumas considerables para instalarnos : y después de todo somos tanto más pobres cuanto que los habitantes son más ricos; pues, para las construcciones más simples, hay que pagar los materiales y los jornales al precio corriente. Lo más costoso está ya á punto de concluirse, no sin grandes sacrificios, y el misionero, que ha tenido que hacer de arquitecto y maestro de obras podrá dedicarse luego á la obra de los salvajes. Este Padre ha bautizado en Kualla Lumpu 232 moribundos en el hospital y unos veinte catecúmenos. Ha visitado también muchos jefes de tribus, siendo muy bien recibido en todas partes. En casi todos estos campamentos, allá en el interior de los bosques, resueñan hasta una hora avanzada de la noche las hermosas oraciones de nuestra sublime religión.

El impulso está dado. A los *asociados de la Obra de la Propagación de la Fe* toca sostener con sus oraciones y imosnas un principio tan magnífico. Los Sakois, los Mantras y los Fakuns aperciben ya la obra de la Buena Nueva, y no tardarán en abandonar los *Antus* (espíritus) buenos y malos, para adorar sólo á su criador. Y de este modo el rebaño de Jesucristo se aumentará de más de 50 000 almas bien dispuestas.



Misiones de Africa

VICARIATO APOSTÓLICO DEL ALTO CONGO

Los Padres de Argel evangelizan actualmente cuatro grandes misiones en el Africa ecuatorial: el Victoria Nyanza, el Tanganika, el Unyanyenbe y el Alto Congo.

El vicariato del Alto Congo es de fecha muy reciente, y está formado de dos puestos, Kibanga y Mpala, servidos por ocho misioneros. No dejará de despertar un vivo interés la lectura de la relación que el R. P. Guillemé hace de su escursión apostólica, de los detalles pintorescos é interesantes que da sobre los indígenas de esta parte del Africa ecuatorial, sobre sus supersticiones, costumbres y disposiciones favorables.

CARTA DEL R. P. GUILLEME

MISIONERO EN KIBANGA (ALTO CONGO)

Al M. R. P. Deguerry, superior general de la Sociedad de los Misioneros de Africa (de Argel).

TANTO y tanto me afano en ponerle al corriente de todo lo que hacemos en nuestras lejanas misiones, que temo parecerme á aquellos viejos que á fuerza de tanto contar siempre la misma cosa, acaban por fastidiar á los que les escuchan, concluyendo por dormirse. Sin embargo, V. así me lo pide y yo no me puedo negar, á trueque de que nuestros amados novicios reparen con sus oraciones el tiempo que yo pierdo en llenar algunos pliegos de papel.

Al venir como misionero al Africa ecuatorial acaba uno por hacerse gran viajero, como V. no ignora; yo por mi parte he tenido ocasión de experimentarlo desde mi llegada. Y sino, la enumeración de los viajes practicados en los diez primeros meses de mi instalación en Kibanga, sin contar las expediciones apostólicas á las inmediaciones de la misión, se lo probarán á V. : dos viajes á Ujiji, 16 días : uno al Uzigué, 18 días : uno al Ugomo, 8 días : dos á la península de Ubuari, 12 días : uno al Urundi, 8 días; y por último, uno reciente al sur por Karema y Mpala, 40 días.

La impresión que me han producido todos estos viajes, en los que he podido visitar la mayor parte de las tribus ribereñas del lago Tanganika, quedará para siempre grabada en mi memoria como un gran estímulo del celo apostólico.

Entre estas hordas de negros de costumbres diferentes, de trajes variados, pero de vida grosera y salvaje, consecuencia inevitable de la degradación moral en que han caído, he visto al demonio á través de la humanidad y á Dios á través de la creación. Porque en todas partes la hermosa naturaleza de los trópicos con su exuberante vegetación alaba á Dios á su manera y levanta naturalmente el corazón. Los pájaros en sus himnos monotonos rinden homenaje al Dios que los ha criado y adornado de bonito plumaje; mientras que el hombre sumido en la idolatría no conoce más que odiosas supersticiones.

Si á fuerza de viajar se expone uno á faltar alguna vez á la modestia eclesiástica tan recomendada por el concilio de Trento y los Padres de la vida espiritual, en cambio el Africa ecuatorial con la influencia debilitadora de su clima, los ardiente rayos del sol y las fatigas inherentes á las expediciones que exige nuestro apostolado, le imprimen á uno enseguida su carácter peculiar, y entonces

esa exuberancia de actividad propia de los jóvenes misioneros que no desean más que espacio y almas que salvar, desaparece desgraciadamente al momento; y si bien no cambia ni decae el celo por la salvación de los pobres negros, faltan á veces las fuerzas para obrar todo el bien que uno desea. ¡ Ah! lástima que no fuéramos más para salvar más almas!

**Viaje à la península de Ubuari. — En el bosque.
Los cazadores de esclavos.**

Después de esta pesada digresión, llego por fin al motivo de mi carta, en la que me propongo dar á V. algunos detalles sobre uno de mis viajes á la península de Ubuari. En esta escursión iba acompañado del buen Hermano Gerónimo, el cual, hecho albañil por las circunstancias, está construyendo una casa de piedra con sus dependencias de ladrillos para alojar nuestros chicos.

En esta escursión nuestro objeto era buscar madera de construcción en las montañas de la península. Venían con nosotros ocho negros de los más robustos, armados de sus hachas más ó menos primitivas, sirviéndonos de guías por entre los bosques y los senderos y abriéndonos paso por entre una impenetrable espesura de enredaderas espinosas.

Llegados á la cumbre y á cubierto del sol abrasador, nuestros negros se pusieron á trabajar derribando árboles bajo la dirección del Hermano, mientras que fui á explorar las aldeas indígenas de la falda de la montaña. Estos pobres negros, aterrorizados y, sobre todo, cansados de las exacciones de los Wanguanas (negros musulmanizados de la costa), verdaderos piratas del Tanganika, han abandonado los valles para venir á fijarse en estas

alturas escarpadas. Estos brigantes, sectarios del Corán en aquello que les conviene, no sólo se creen libres de cometer todo género de excesos contra los paganos, sino que, estimulados por su religión que les enseña que estos actos son meritorios á los ojos de Alá y que cortar la cabeza á un cristiano es señal de predestinación en el paraíso de Mahoma, se entregan á toda clase de vejaciones. Así que no hay una sola aldea donde no se oigan estas amargas quejas : Los Wanguanas me han robado la mujer, me han secuestrado un hijo ó se han apoderado de mi hija para venderlos en Ujiji.

Estas buenas gentes, refugiadas en las crestas de las montañas, cuya fertilidad es asombrosa, se dedican al cultivo del maíz y encuentran aquí un regular bienestar para atender á sus necesidades, bien limitadas por cierto, Los bananeros, que cultivan en las barrancas algo húmedas, les procuran magníficas cosechas ; y por la noche, bajando de la montaña, sacan sus canoas del sitio en que las tienen ocultas y van á pescar al lago, de donde vuelven cargados de peces, porque éstos son muy abundantes en las aguas del Tanganika.

Excursiones en la montaña — Una distribución de almendras. — Caza á los merodeadores. Una escena de salvajes — Preocupaciones de los negros á propósito de un mono.

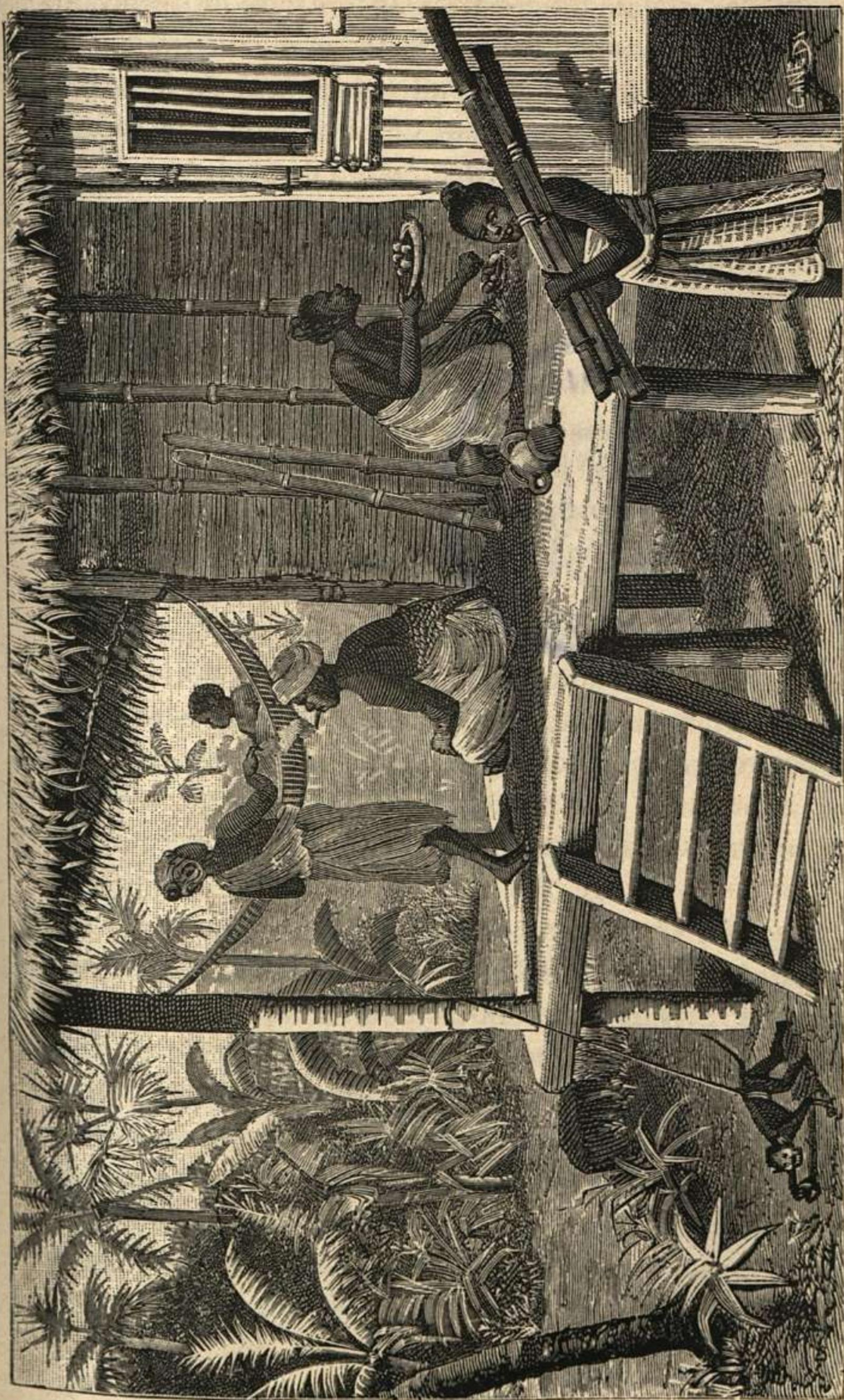
Dos jóvenes cristianos me acompañan ; uno lleva mi saco con el breviario, algunos medicamentos más usuales y un frasquito que contiene el remedio por excelencia, con el que he aumentado ya el número de los angelitos que piden ahora en el cielo por sus pobres hermanos desheredados, y el otro va con mi escopeta,

porque no es prudente internarse sin defensa en estas montañas, donde no es raro encontrarse en pleno día con los tigres y otras fieras. Visité las aldeas inmediatas hablando de Dios á todos sus habitantes, de la recompensa destinada á los buenos y del castigo reservado á los malos, enseñando á los niños á hacer la señal de la cruz, estimulando á los jóvenes más instruidos, consolando á los enfermos y preparando al bautismo y á la eternidad á los ancianos ya decrépitos. Los habitantes todos se forman en círculo al rededor mío, los unos sentados, los otros acurrucados según costumbre de los negros, y algunos de pie apoyados sobre sus lanzas. Si al azar se suscitan varias cuestiones, todas, sin embargo, van á parar á Dios, como todos los ríos van á morir al mar.

Los niños que las madres llevan en brazos, se ocultan contra su seno asustados con la presencia de un hombre que no tiene el color de sus papás, y está vestido de blanco. Les di algunos terroncitos de sal, especie de azúcar del país, como se hace á los niños de Europa con las almendras. Así, en todas nuestras visitas tenemos buen cuidado de llevar los bolsos bien repletos de este condimento, el *non plus ultra* de las golosinas conocidas entre los negros, para recompensar á los negritos que hagan bien la señal de la cruz y se atrevan á saludarnos. ¡Plegue á Dios dar á estos pobres negros la sal de la sabiduría que tanto necesitan !

Hallábame un día en una de estas aldeas, y los habitantes todos estaban ocupados en defender sus campos de maíz contra una muchedumbre de monos que vienen de los bosques á robar las mazorcas, trepando luego á las copas de los árboles para comerlas á las barbas de los propietarios.

Entonces uno de los negros me dijo : « Si dispersas



VERANDA Ó GALERÍA DE UNA CABANA EN MALASIA



esa nube de merodeadores, vendremos todos á hacer oración contigo y á escuchar las palabras que nos dirijas acerca de Dios. Enojado yo también contra estos supuestos antepesados del hombre, de los cuales se servía el diablo para apartar de mí estas gentes que tanto necesitaban y envidiaban oirme, tomé la escopeta que llevaba mi cristiano y me dirigí hacia donde había varios monos que, creyéndose seguros y fuera del alcance de mi arma, jugueteaban, saltaban y hacían mil ejercicios gimnásticos más ó menos curiosos; y apuntando al más grande, disparo la escopeta y cae dando vueltos al suelo, corriendo á él los negros para acabarle de matar á lanzadas. Cogiéronle enseguida y le llevaron á la aldea, y reunidos todos los vecinos empezarán á cantar y danzar al rededor del animal, que pertenecía, si no me engaño, al género de los cinocéfalos.

Los negros, olvidando en su álgazara el respeto y la moderación que en general les impone la presencia del misionero, dirigían al animal los improperios más groseros que, repetidos aquí, no sólo ofenderían los castos oídos sino que serían capaces de sacar los colores al rostro de un carretero. He aquí algunas de sus invectivas que se pueden repetir aquí :

« Mono del bosque, ¿cuando acabarás de robarnos el maíz y las patatas? ¿Hasta cuando hemos de estar obligados á mantenerte? Nosotros no podemos vencerte con nuestras lanzas y flechas, pero el Blanco con su ojo derecho y su arco que vomita fuego, ha conseguido matarte. Desde ahora, aunque te ocultes en los árboles, ya no podrás comer nuestro maíz; tus ojos apagados no nos mirarán haciendo mil monerías; tu piel nos servirá de abrigo y la grasa que has echado robando nuestros productos, irá á ser pasto de los cocodrilos del lago. » Y toda esta retaila iba acompañada de gestos, de saltos y

de contorsiones indescriptibles que nos recreaban mucho.

Los negros del Tanganika creen que el mono es invulnerable y no se atreven á perseguirle. « Nuestros padres, suelen decir, nos han enseñado que si usáramos de nuestras armas contra este animal, cuyo cuerpo es impenetrable á las lanzas y á las flechas, estas vendrían de rechazo á parar á nosotros haciéndonos víctimas de nuestra imprudencia. »

Luego que la calma se hubo restablecido, traté de probar con palabras lo que mi escopeta había demostrado ya evidentemente, esto es, la futilidad de esta superstición. Todos confesaron que tenía razón, mas ¿llegarán á abandonarlas por eso? Mucho hay que dudar; y la experiencia nos enseña que no hay nada más difícil que extirpar una creencia popular y tradicional. Porque aquí, tanto ó más que en Europa, estas creencias se eternizaran en los cuentos de viejas y hasta en los juegos de los niños.

En el catecismo. — Perfumes del país — A propósito de zapatos. — Los andaluces del Alto Congo. — Una disputa de matrimonio seguida de una tanda de palos.

Después de esta escena le pintaría, si fuera artista, un cuadro de otro género diferente. Estábamos en el catecismo y la oración; y como la aldea no tiene aun una casa comunal ó cobertizo, que aquí llaman *Baraza*, destinado á los consejos y á las instrucciones religiosas, nos reunimos al pie de un soberbio *Ficus* de anchas hojas. Acurrucado sobre una esterita, á semejanza de todo mi auditorio, apoyo mi espalda contra el tronco de un árbol. El jefe, un buen hombre aunque de cara hosca, se sienta junto á mí para apoyar mis palabras y explicar mi ense-

ñanza, que por su elevada posición parece más obligado á comprenderla. Frente á nosotros, formando rueda, se colocan todos los habitantes de la aldea, hombres, mujeres y niños, que embadurnados de aceite ó de manteca despiden tan fuerte olor á unto, que no hay Europeo que pueda resistirlo. Cada país tiene sus modas peculiares, aquí es de gran tono, para recibir un elevado personage, presentarse con una reluciente capa de aceite; y su traje de gala no sería completo si les faltara otro no menos brillante de manteca rancia, que es el perfume del país. Además, lo que dentro del más esquisito gusto de la moda europea chocaría en Europa en el último de los jefes, aquí no choca á nadie. Y esto se comprende fácilmente cuando se considera la distancia enorme y las dificultades sin cuento que impiden la comunicación de estos pueblos con los países civilizados.

Por eso estos pobres salvajes convertidos llegarán tan bien como nosotros al cielo, aunque vestidos de andrajos y de pieles de fieras. Por otra parte, como ellos dicen con razón, nosotros los Europeos, para entrar en el cielo, tendremos que quitarnos los zapatos, este mueble desconocido entre ellos y al que consideran como embarazoso y enteramente inútil.



En todas estas reuniones el momento más hermoso y más interesante, es el en que estos salvajes medio desnudos se ponen de rodillas para rezar esta oración, resumen de nuestra fe, compuesta en su lengua :

« Yo creo que no hay más que un solo Dios, que en Dios existen tres personas distintas, Padre, Hijo y Espí-

ritu Santo. Creo que Dios Hijo se hizo hombre por salvarnos, y que Dios castiga á los malos y recompensa á los buenos, etc. »

Después de terminada la oración, todos se forman en grupos y, generalmente, repiten la explicación que han oído del catecismo, afectando maneras muy pintorescas según el carácter de la lengua de estos negros, que se sirven de imágenes y comparaciones.

Acababa yo de explicarles los mandamientos de Dios y les había demostrado lo mejor que podía, que en el primer mandamiento Dios prohíbe el culto á los ídolos y las ofrendas ó sacrificios á los fetiches. Habíame esforzado particularmente en el precepto que prohíbe el robo, porque los negros, preciso es confesarlo, son algo ladrones.

— Ya lo hemos comprendido, dijo un negrote de aspecto brutal, queriendo dar á comprender á sus compatriotas los motivos que tenía para responder así. Oído bien, vosotros Bwana, el maestro lo acaba de decir : « A cada uno su campo, á cada uno su mujer. »

El pobre hombre no decía esto sin fundamento, porque últimamente un ratero le había devastado el cultivo de manioc. Además de esto, desde su casamiento, Dios sabe lo que había aguantado. A este fin vino un día á contármelo todo para interesarme en su favor.

— Yo he comprado una mujer, me decía, á quien amaba mucho; pero desde que nos casamos el diablo entró en casa; ella acaba de escaparse y no quiere volver al tálamo conyugal.

— Es que quizá tú la habrás maltratado, le dije yo.

— Es verdad, me respondió, yo le he dado algunas tundas, y así y todo no se ha querido acostumbrar...

— Y ¿por qué la maltratabas?

— Pues mire V., lo que más me irritaba, es que ella

se empeñaba en decir que no era mi esclava y me disputaba el derecho de *sacudirla*.

Entonces para este añadía un apéndice á las explicaciones precedentes y le encargaba de una manera especial que fuera más atento y bondadoso con su mujer, tratando de darle una idea mas elevada de lo que es el matrimonio, y del honroso puesto que la mujer y madre de familia debe ocupar en el hogar doméstico.

El aludido me ha prometido ser más moderado en lo sucesivo en la distribución del *vapuleo*.

El botón de un zapador bombero. — A propósito de un pañuelo. — Amuletos reemplazados por una medalla. — Un análisis.

Mientras que asaban en la ceniza algunas batatas y raíces de manioc para nuestra comida, me alejé un poco de la aldea para rezar el oficio divino á la sombra de los bananeros.

Cuando volví estaba esperándome el jefe de la aldea para presentarme su chico, un negrito joven todavía, que llevaba suspendido del cuello, á guisa de traje, un magnífico botón de cobre, en el que se leía fácilmente esta inscripción : *Zapadores-bomberos. Mulhouse*.

Recordome que en otra ocasión le había prometido un pedazo de tela. Y no queriendo faltar á mi promesa, aunque en este momento no tenia ningunas telas, eché mano á mis bolsillos y sacando un pañuelo que aun conservaba vivos colores, cubrí con él á este negrito. Mi pañuelo, á pesar de algunos años de servicio, causaba la envidia de los que presenciaban esta escena. El jefe, animado con este buen resultado, me presentó aun otro niño más pequeño, con la cara más negra que el culo

de un cazo, el cual me miraba con esa dulce expresión que manifiestan los niños (aunque sean negros) de recibir una caricia ó alguna golosina. Como yo no tengo la costumbre de llevar dos moqueros en el bolsillo, me era imposible satisfacer sus deseos; pero observando que este niño llevaba por todo traje algunos objetos de hechicerías, le dí una pulgada de sal que empezó á saborear muy contento, mientras que entablé con su padre la conversación á propósito de los objetos que llevaba al cuello.

— Un gran hechicero del país, me contestó este, ha dado á mi hijo estos *dawa* (remedios), para preservarle de los dientes de los cocodrilos y de los hipopótamos cuando vaya el lago. Además, si el remedio es bueno, el tigre no podrá causarle ninguno mal. En pago de todo esto he dado dos gallinas, pero yo no tengo una gran confianza en su eficacia.

Aprovechando esta declaración, yo le propuse que se los quitara para reemplazarlos con una hermosa medalla, á lo cual consintió con cierta repugnancia; pero la prontitud con que yo acepté su palabra y le quité la caña que encerraba los supuestos remedios, puso fin á sus vacilaciones.

Suspendí enseguida del cuello del negrito una preciosa medalla de la santísima Virgen y encomendé á nuestra buena Madre el cuidado de esta alma rescatada como la mía con la sangre preciosa de su divino Hijo. Creo que la llevará religiosamente y espero que esta oración que pronunciarán los labios de este negrito (*Maria mtakatifu ntuombe*, Santa María, ruega por nosotros), moverá el corazón de Nuestra Señora de Africa, á quien jamás se invoca en vano.

Otros muchos san Juanitos, si así puede uno expresarse al hablar de salvajitos desnudos, acudieron á reci-

bir igual regalo, pero estamos tan pobres de objetos piadosos, que tenemos que limitar nuestras distribuciones y reservarlos solo para nuestros cristianos y catecúmenos. Aquí estamos escasos de medallas, mientras que en Francia estarán oxidándose en el rincón de algún almacén.

Una vez en posesión de las hechicerías que pendían del cuello de mi negrito, ocurrióseme saber lo que contenían, pero me fué casi imposible. Y en verdad que, si el hechicero ha empleado tanto trabajo en hacer la sintaxis como yo en hacer el análisis, bien merecidas tiene las dos gallinas. He aquí lo que yo he podido descubrir con la ayuda del jefe que me decía llamando cada cosa por su nombre : Esto es el escremento del hipopótamo; esta otra materia blanca es el del cocodrilo, mezclados probablemente con la sangre de una gallina sacrificada al Mzimu. Después venían otras materias, cuya naturaleza ni él ni yo pudimos reconocer.

No quiero tocar la cuestión de los hechiceros que explotan en provecho suyo la credulidad supersticiosa de los negros, ni la fe que estos pobres salvajes aplican a los amuletos y á todas las variedades de hechicerías. Cuestión en esta que, para ser completa, debe tratarse á parte.

Un discurso amable. — Peticiones de trajes.
Nudus nudam sequar crucem.

Llegada la tarde pensamos con tiempo volvernos á nuestro campamento, porque no era prudente dejarnos sorprender por la noche en medio de los senderos tortuosos de la montaña, para no exponer nos á caer en algún barranco, ó á que nos desgarraran las carnes las aguzadas espinas de la *Acacia fistula* que borda el camino.

Antes de abandonar la aldea de que acabo de hablar, el jefe quiso demostrarnos la satisfacción que tenía de ver los misioneros en sus dominios, echándonos todo un discurso recargado de pomposos y amables epítetos, cuya traducción en nuestra lengua exigiría muchas perifrases y explicaciones; porque la lengua negra tiene giros y locuciones asaz originales. Sus expresiones se parecen mucho á las que las madres dirigen á sus hijos. He aquí una traducción aproximada :

— Blanco, mi padre, mi señor, mi amigo, mi querido, mi amado (y á este tenor todos los adjetivos amables admitidos en su vocabulario), nosotros te amamos mucho. Entre nosotros siempre serás bien recibido; ven á vernos á menudo, pues en ello nos proporcionarás un gran placer. Trae sal á nuestros hijos y trajes para nosotros, á fin de quitarnos estas groseras pieles de fieras, con las que nos da vergüenza ir á hacer la oración á tu casa, etc., etc.

Al oír estas últimas palabras pronunciadas con un tono muy particular, sentía una especie de profunda tristeza, al pensar que nuestra penuria apenas nos permite dar á nuestros cristianos un vestido decente para los domingos. Los cristianos del Alto Congo van aumentándose cada día y ya no nos alcanzan los pocos recursos que recibimos de las almas generosas que se interesan por los pobres salvajes del Africa ecuatorial. Así es que muchos de nuestros cristianos se verán obligados, como ya se ven algunos de ellos, á seguir esta máxima al pie de la letra : *Nudus nudam sequar crucem*. ¡Cuántas almas piadosas de Europa, si supieran que tienen aquí hermanos en Jesucristo regenerados, como ellas, en el agua santa del bautismo, se privarían de algunos fútiles placeres y otras cosas superfluas, para procurar un vestido decente á estos niños recién nacidos, á estas pobres ma-

dres orgullosas de llamarse cristianas y á estos juvenes neófitos que vienen á oír misa con edificante piedad á intención de sus bienhechores! Al lado de este pensamiento que no deja de tener importancia, aunque material, se presenta otro más consolador, esto es, que, á pesar de nuestra pobreza, podremos siempre, con la gracia de Dios, revestir las almas de nuestros amados negros con la blanca ropa del bautismo.

**Regreso al campamento. Adios. — Remedio
contra la viruela.**

Llegó el momento de decir Adios á estas buenas gentes, y el jefe, que se decía muy amigo mío, se empeñó en acompañarme « para ponerme en buen camino », según sus propias palabras. Al despedirnos reiteró sus protestas de amistad, de afecto y de adhesión.

El mismo sendero que habíamos seguido para visitar á estos pobres negros, nos condujo á nuestra residencia. Apenas habíamos andado una hora cuando encontramos el camino cerrado por dos traviesas de madera que yo no había visto por la mañana. Mas al examinarlas de cerca, observé que alguien las había puesto con determinada intención, formado una barrera. Pregunté la causa de esto á uno de nuestros jóvenes cristianos nacido en el país y muy al corriente de los usos y costumbres de los negros. Los indígenas, á lo que parece, tienen un miedo cerval á la viruela que causa infinidad de víctimas, cada cinco ó seis años entre los habitantes del Africa ecuatorial. Y como ellos no conocen ningún remedio contra esta terrible enfermedad, ni la vacuna, que nosotros mismos no hemos podido descubrir en las terneras del país á pesar de constantes investigaciones, ni el medio

que empleamos con gran éxito, esto es, la inoculación, á manera de vacuna, de la viruela benigna en aquellos que no han pasado esta enfermedad, emplean naturalmente su remedio sobrenatural, dirigiéndose á los espíritus favorables, á Mzimu.

Tan luego como se presentan los primeros síntomas de la epidemia, son convocados los hechiceros del país para ir con grande aparato á cierta distancia de las aldeas á fijar un límite, del que no debe pasar la enfermedad gracias á la intervención de los espíritus superiores. Para esto colocan en el camino que conduce á la aldea una barrera que los viajeros pueden pasar, con el permiso del Mzimu, á quien se han hecho los sacrificios al efecto. Todas las personas sanas la pueden atravesar, pero si están contagiadas el Mzimu debe impedirles el paso. Pero desgraciadamente este vigilante ó guarda-barreras olvida las más veces la consigna, y la mayor parte de los indígenas han renunciado á semejante remedio preventivo, y por cientos acuden todos los años al P. Vincke para que les inocule la viruela benigna. Y como hasta ahora este tratamiento ha dado un buen resultado, han concluido por confesar que nuestros remedios y nuestro Mzimu son muy superiores á los suyos. Esto nos ha dado un gran prestigio que hace tiempo aprovechamos para combatir sus creencias supersticiosas.

Posición de nuestro campo. — Asaltados por los vecinos. — Entre olores de yerba.

A la entrada de la noche, cuando la luciérnaga, grato reflejo del país natal, empezaba ya á alumbrar el sendero para indicarnos que allí de donde salía su luz había un matorral, hacemos nuestra entrada en el campamento,

donde nos esperaban nuestros leñadores. Éstos se habían fijado en una aldeita oculta entre un bosquecito de palmeras entremezcladas de bananeros, cuyas anchas hojas formaban sobre nuestra cabeza una especie de galería móvil, y, bajo la acción de la continua brisa del largo, se agitaban con un cierto ruido de lluvia, produciendo una música aérea capaz de hacer olvidar los fatigas del día.

A nuestro frente, partiendo del pie de la montaña, se extendía la vasta llanura de Kibanga sin árboles á pesar de la fertilidad extraordinaria de su suelo. Allá en lontananza se destacaba apénas el emplazamiento de las construcciones de la villa que ha de llevar el nombre de Su Eminencia, nuestro venerable Padre. Poré, sultan del país, jefe de la aldea y miembro del consejo del Moami, puso con toda la amabilidad posible una cabaña á nuestra disposición; pero la puerta era tan entrecacha, que apenas si podíamos entrar de rodillas haciendo una media vuelta á la derecha para pasar de costado, y el techo era tan bajo que era imposible tenernos de pie.

Es verdad que no abandonábamos la sombra apacible de los árboles, sino para ir á dormir á nuestro chiribitil, ó mejor dicho, para acostarnos, porque no fué posible dormir la primera noche. Parecía que todos los ratones del país, seguidos de la más completa colección de roedores y chupadores que jamás he visto reunidos en tan poco espacio, se habían dado cita en este sitio para celebrar un succulento festín ó dejarnos sin sangre, así es que pasamos la noche haciendo heróicos esfuerzos.

El poco cuidado que ponen los negros en la construcción de sus cabañas, es verdaderamente extraño.

El hecho siguiente le dará á V. una idea de su solidez y de la cantidad de materiales empleados, que casi siempre son cañas y paja.

Antes que mi corcel de descomunales orejas, antiguo

compañero de viaje á través del Africa, hubiera caído entre las mandíbulas de los cocodrilos, tuvo en ciertas ocasiones el privilegio de alojarse en una cabaña de forma muy singular. Pero he aquí que un día, los negros que habían construido este *monumento*, se quedaron estupefactos al ver á mi cuadrúpedo al aire libre en el centro de la aldea. Y es que el animal, hollando los derechos del propietario, se había comido la cabaña que le servía de cuadra.

Kaliro y sus amuletos. — Nuestro plato nacional con vehículo. — ¡Te quiero mucho!

Kaliro, éste es el nombre del jefe que nos daba hospitalidad, era uno de esos negrotos envanecidos con la autoridad que ejercen en su aldea y con el título de consejero del Moami. Su cara regular y su respetable nariz le hubieran dado un cierto parecido á un Europeo, si se hubiera hecho abstracción de su color y de la piel que le cubría. Éste, como la mayor parte de sus compatriotas, llevaba amuletos pendientes del pecho y de los brazos, los cuales se componían de cuernecitos de antílope, y tenían por objeto preservarle de las lanzas y flechas de sus enemigos. Con esto no temía á nadie, mientras que él era temido de sus adversarios.

Habiendo puesto todo mi empeño en combatir la superstición, me atreví á disputar con él la eficacia de sus amuletos y le desafié á que se dejara hacer una prueba para ver si realmente poseían las propiedades que él les atribuía y se le preservaban, como lo había dicho, de las balas que nuestros negros dispararan contra él. Como no estaba dispuesto á exponer su preciosa persona, se negó á la prueba, pero propuso que se pusieran

los amuletos á una cabra para servir de blanco. Aceptamos, y en el acto se volvió atrás; y cuando se vió apurado, se largó, para volver al momento acompañando nuestra comida preparada á la manera negra. Ésta se componía de un plato de maíz cocido á modo de papilla y otro de pescados secos, formando un condimento que aquí llaman *kitoero*. Esta locución no se puede traducir exactamente en nuestra lengua sino empleando la palabra obligada de los farmacéuticos cuando dan un remedio y aconsejan servirse de vino, de agua, de miel, etc., como vehículo, para tragarle más fácilmente; de suerte que entre los negros el pescado es á sus papillas lo que en muchas partes la mantequilla es al pan, es decir un vehículo.

Nos servimos una porción y nuestros negros se repartieron el resto, que se comieron con envidiable apetito. Aunque el tal plato es nuestro alimento cotidiano, nuestro plato nacional, tuvimos que esforzarnos para seguir el ejemplo de nuestros buenos compañeros. El Hermano Gerónimo Baumeister hubiera preferido por cierto la misma cantidad de berzas.

— ¿Mi *ugari* (papilla) es buena?, preguntó el jefe al ver que le hacíamos los honores.

— Tu comida es deliciosa, le contesté yo, y tú, Kaliro, eres un buen hombre.

¡Ah! repuso él, con una graciosa sonrisa, ya sé que habéis venido á mi país como amigos.

Al decirle que nos estableceríamos en su aldea, consultó una especie de fetiches representados por unos palillos dispuestos en dos partes, favorables y des favorables, y la respuesta fué siempre que nuestra visita sería favorable y dichosa para la aldea. Por consiguiente fuimos muy bien recibidos.

Este procedimiento de que se sirven los negros para

conocer las disposiciones de cualquiera que viene á establecerse entre ellos, y saber el desenlace de una guerra ó de una aventura, se parece mucho al que se usa en Francia de una manera más graciosa y no tan grave, cuando se consulta á una margarita arrancando una á una sus hojas, si tal ó cual ama un poco, mucho ó nada.

**Dstrucción de los ídolos. — Furor
de las viejas.**

« Nosotros somos tus amigos, Kaliro, y deseamos tu bien, pero nuestra amistad sería mucho mayor en esta vida hasta que vayamos á gozar la eterna en el cielo con el Señor y Padre común de los Negros como de los Blancos, si renunciaras á todas tus brujerías, si hicieras desaparecer de tu aldea todas esas casuchas ó nichos consagrados á los *Mizimu*, á los espíritus que tú no conoces, para adorar al único Dios verdadero. »

Era ésta la primera vez que tocábamos esta cuestión, y no era de esperar que se resolviera de una vez. Así, la conversación sobre este asunto desapareció al momento, para ocuparnos de diferentes cosas, excepto de los *Mizimu*. En esta ocasión la victoria parecía no quererme favorecer, y la indiferencia con que habían acogido mis palabras, no me prometía pronto un buen éxito.

Pero en medio de estas fatigas y mal resultado, parecía que una voz celestial decía al misionero : Siembra y siembra entre tistezas, entre lágrimas, en medio de privaciones y de penosas afrentas, que Dios hara que crezca la semilla y, si tú no puedes, otros recogerán entre alegrías.

Animado con este pensamiento esperé el día siguiente,

pidiendo á la santísima Virgen y a los ángeles custodios de los habitantes que me ayudaran en esta empresa, poniéndolo todo entre sus manos. Se trató la misma cuestión y ya fué recibida con menos indiferencia.

Por lo menos ya había obtenido que me dijeran : « Mañana veremos. » Y en efecto, llegó el día siguiente y todos los Mizimu fueron reducidos á cenizas con las casitas que habitaban. Yo asistía á este espectáculo de gentes que quemaban sus ídolos, con profundo reconocimiento hacia Dios. Me parecía ver la alegría de los ángeles custodios de la aldea en el contento de nuestros cristianos presentes á la escena, y en la murmuración satánica de las viejas que echaban en cara á sus maridos este atrevido sacrilegio.

Desde entonces el jefe no ha faltado á su palabra. Cuando viene á la misión no trae ya los amuletos sino la medalla que los ha reemplazado y que le recuerda la enseñanza recibida, la promesa que ha hecho y los buenos sentimientos que el diablo no dejará de combatir.

Culto de los espíritus ó Mizimu. — Kabezia, espíritus malos. — Ceremonia para ahuyentarlos. — Sacrificios hechos á los espíritus — á los cocodrilos.

Para que se comprenda mejor la escena que ligeramente acabo de contar, debo entrar aquí en algunos detalles que serán muy sucintos necesariamente, pues mis notas no son todavía bastante completas para tratar de lleno esta cuestión de religión, en la que no quisiera exponer nada dudoso.

Los negros, lo mismo que todos los pueblos en la infancia, se entregaron á todo género de supersticiones para satisfacer esa necesidad de creer que atormenta la conciencia humana. Si estos no tienen templos, pago-

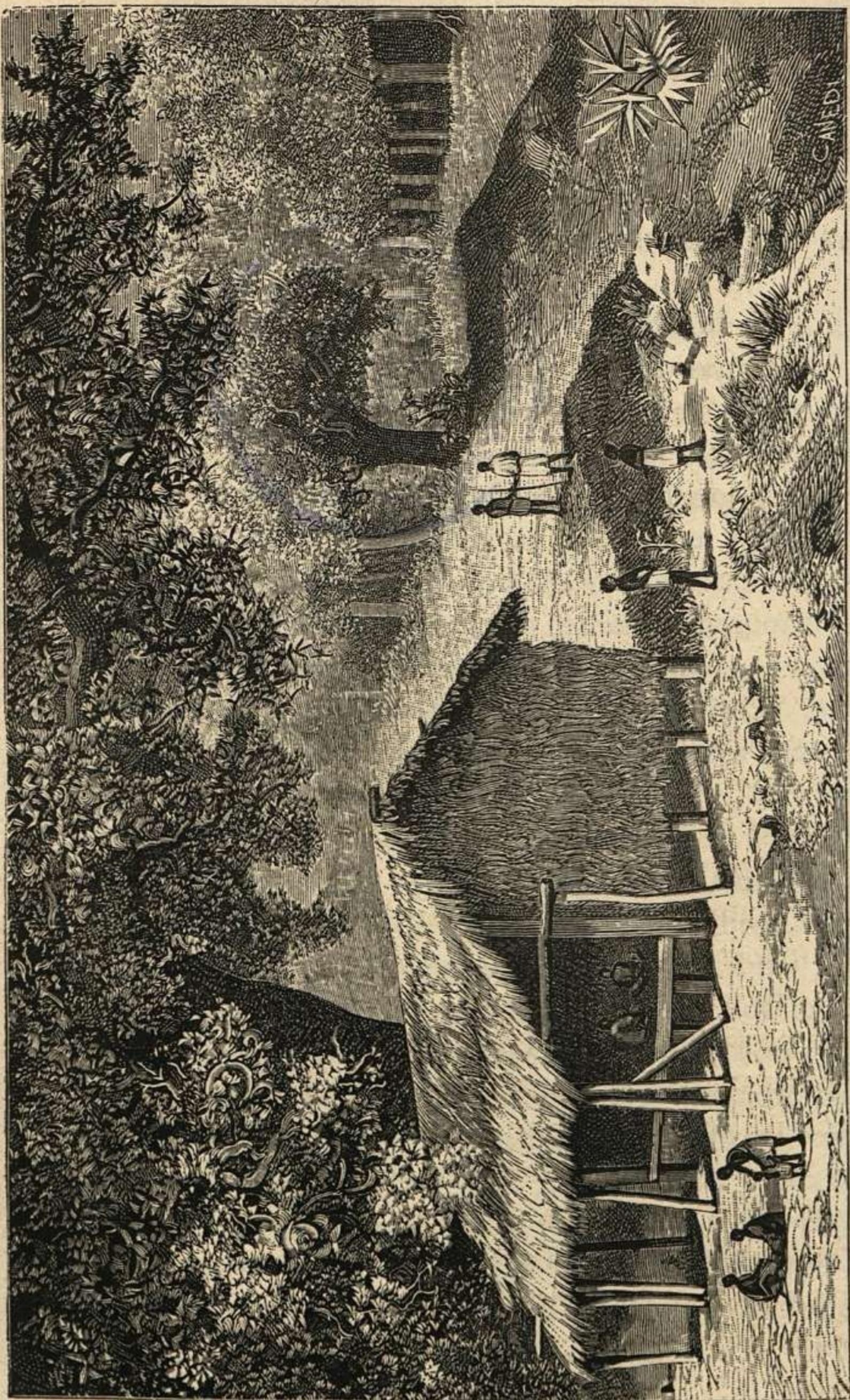
das ó mezquitas, tienen sin embargo sus altares, ó por mejor decir, sus lugares de sacrificios, y el culto de sus ídolos, á los cuales hacen ofrendas para aplacarlos, si los creen irritados, ó para atraer sus favores. Examinando con atención su lengua, su creencia general, sus leyes y, sobre todo, sus costumbres, todo nos dice que los negros son seres esencialmente religiosos y que, en tal concepto, forman parte de este unánime concierto de todas las tribus de la tierra.

Al entrar en una aldea y ver la multitud de casitas dedicadas á los Mizimu, las estatuas groseras que las habitan y las ofrendas de harina y pescados depositadas á sus pies, no tarda uno en convencerse que entre los salvajes todo lleva el sello del espíritu religioso.

Así, en efecto, en todas las aldeas se encuentran pequeños monumentos formados con estacas clavadas en tierra y cubiertas de paja de manera á componer una especie de cabaña de variables dimensiones, según la voluntad del arquitecto. Éstas son las casas de los Mizimu ó espíritus. Estas divinidades, á veces mal definidas aun para los mismos negros, sobre las cuales domina el espíritu superior y que por eso se llama *Kabezia* (el Poderoso), están representadas bajo formas diversas, y su culto varía según que los hombres les han atribuido más ó menos poder de hacer bien ó mal.

Kabezia (el Poderoso) es, según la creencia de los negros wayovas, el que forma los niños en el seno de sus madres y les da la vida. Su culto no está limitado, como el de los otros espíritus, á un país ó lugar; sino que existe en todas parte y doquiera se le puede invocar y ofrecerle sacrificios. Siempre que yo he preguntado á los negros donde está ahora fulano que habitaba esta aldea, me han respondido : « Ha ido junto á *Kabezia* », para decirme que había muerto.





HABITACIÓN DE LOS SALVAJES MANTHRAS

Los demás espíritus son innumerables y habitan las montañas, los ríos, los lagos y los islotes del Tanganika. Generalmente, cada río, cada montaña, cada islote ó cabo tiene su espíritu especial, cuyo nombre designan los negros al mismo tiempo que el de la localidad.

Cada aldea y aun cada familia honra á un espíritu particular, al que se encomiendan los enfermos por mediación de los hechiceros, para obtener su pronta curación, y al que invocan para ser felices en la pesca y en la caza. A él encomiendan también la custodia de sus bienes y de sus campos contra los ladrones ó los animales dañinos, para cuyo objeto le construyen una casita en medio de los cultivos, y en ella exponen su imágen de madera, monstruo grosero de fealdad.



Todos los acontecimientos solemnes de la vida, tales como el nacimiento, el matrimonio y la muerte, son señalados por algunas ceremonias religiosas y por sacrificios á los espíritus. Antes y después de la guerra les ofrecen también sacrificios.

Si la abundancia de aguas amenaza destruir las cosechas, invocan los espíritus; si, al contrario, se deja sentir la sequía, les hacen sacrificios para que los espíritus se muestren favorables. Antes de embarcarse en el lago, los indígenas no dejan nunca de invocar el Mzimu que le habita, para obtener su protección durante la navegación. Si se agitan las olas poniendo en peligro su débil embarcación, en el acto hacen ofrendas al espíritu para calmarle, arrojando al mar víveres, pescados, perlas y á veces cabras, si las hay en la embarcación.

Algunos de estos espíritus son reputados como malos,

que buscan siempre la ocasión de hacer daño á los hombres que pasan por su dominio, para arrancarles ofrendas, sin las cuales, según la creencia de los indígenas, no escaparían á la muerte. Los espíritus de ciertos ríos, especialmente, se distinguen por este deseo de hacer daño. Mil veces he oído á varios indígenas, que sorprendidos en el paso de tal ó cual río, han sido arrastrados por el espíritu, y que sólo han salvado su vida prometiendo ofrendas, que siempre cumplen escrupulosamente.

En nuestros parages, cerca de Kibanga, hay un río que se echa en el golfo de Burton, y cuyo espíritu maligno, que recorre aquella llanura, se posesiona de las mujeres en cinta para impedirles que den á luz felizmente. Así es que todas las mujeres que se encuentran en este estado, tan pronto como se sienten un poco indispuestas, se creen ya poseidas del espíritu malo, y mandan que se hagan sacrificios acompañados de ceremonias grotescas pero curiosas. Reúnense al efecto todos los habitantes de la aldea, tocan el tambor frente á la cabaña en que habita la poseida, y gritan y danzan para ahuyentar el espíritu maligno. Durante esta estrepitosa algazara una vieja hechicera ofrece sacrificios de harina al espíritu favorable, y delante la cabaña forma con barro una figura grosera provista de cuatro miembros y una cabeza monstruosa; figura que yo siempre había tomado por la representación imperfecta del cocodrilo, hasta que por fin he sabido que con ella querían representar la *mtambala* (espíritu malo), que habita el río que acabo de mencionar.



Al decir de los negros, estos espíritus malignos se introducen en los cuerpos de los cocodrilos, ó mueven á estos animales para apoderarse de los hombre que están pescando en el lago ó en los ríos. En este caso, si un hombre viene á ser presa del cocodrilo, es necesaria una segunda víctima, porque los negros creen ver en este accidente la mano del espíritu irritado, que hace ver así que le tienen en olvido y no le dedican bastantes ofrendas, puesto que él mismo se vé precisado á procurárselas. Por eso, examinado con detenimiento el hecho, los hechiceros ordenan generalmente una segunda víctima que vaya á unirse con la primera. Y después de haber deliberado y consultado la voluntad del espíritu según el rito de su arte mágico, eligen en la aldea un macho cabrio para echarle con las patas atadas en el lago, como una ofrenda propiciatoria.

Culto de los antepasados. — Sus imágenes. —

Un hijo de hechicero. — Creencia en otra vida.

Espíritus errantes.

Al lado del culto de los espíritus viene el culto de los antepasados, el cual se confunde á veces con aquel, sobre todo para ciertos personajes que vivieron con más ostentación y brillo que sus compatriotas. Los negros, á imitación de los antiguos, tienen sus dioses lares ó penates que presiden el hogar domestico testigo de las hazañas de los antepasados y protegido después por sus cenizas é imágenes. Éstos tienen en cada aldea un lugar especial, lugar sagrado, entretenido con esmero y cubierto de una

alfombra de yerba fresca renovada con suma frecuencia, en el que sólo los hombres pueden entrar.

Aquí es donde á la vista de los antepasados personificados por medio de estacas hincadas en tierra, cuyo extremo superior tallado groseramente como queriendo representar un hombre con la cara aplastada, se celebran las asambleas y se procede á las deliberaciones importantes, se entregan á las libaciones y hechicerías mandadas en las grandes circunstancias, tales como el principio de la pesca, una guerra ó una epidemia que amenaza invadir el país. Si por un revés de la fortuna el hogar corre peligro de ser violado ó destruido, el vencido se apresura ante todo á salvar las imágenes de sus antepasados y llevarlas á un sitio más seguro, donde puedan ser respetadas.

Creencia ó idea de la divinidad.

Ningún incrédulo — Degradación moral y física de los indígenas. — Predicación.

De todo lo que acabo de exponer brevemente, atenta la extensión con que se podría tratar este asunto, se deduce una conclusión natural : esto es, la creencia de los negros del Africa ecuatorial en la existencia de otros seres superiores al hombre, de un Dios del que, como nosotros, no pueden tener una definición adecuada, sino una idea más ó menos confusa. En *Kabezia*, este espíritu que, según ellos, sobrepuja á todos los otros en poder, nos es fácil reconocer la idea de un Dios creador y remunerador, puesto que él es quien da la vida y á él vuelven los hombres, ó para hablar con más propiedad, las almas de los hombres (*mutrina*) como dicen los negros.

Aquí no se dan incrédulos ; todo el mundo está con-

vencido del poder de los espíritus superiores y por consiguiente nadie descuida su culto. La negación en religión, ha dicho alguno, es un fruto de las pasiones civilizadas, es una de esas aberraciones que ignora la sencillez y que procede siempre de un corazón corrompido ó de una vida depravada. O como cantaba David hace ya muchos siglos : «El insensato dijo allá en su alma : No hay Dios.» Si nuestros negros abandonan sus fetiches y supersticiones, es para seguir un camino mejor, es para alistarse bajo el estandarte de Jesucristo, cuya divinidad han reconocido á la vista de los actos heróicos que ella sola puede hacer practicar á los que la siguen.



Al trazar estas líneas no ha sido mi intención rehabilitar á los negros ni ponderar sus virtudes, porque el envilecimiento en que viven con la ausencia casi completa de toda dignidad humana, son más propios á escitar la compasión de las almas generosas y el celo de los misioneros. No hay, por decirlo así, más que este instinto religioso en medio de las ruinas de todas las facultades morales y físicas.

Además, si se puede decir con razón que tienen la idea de la divinidad, hay que confesar también que no ignoran sus deberes para con ella. Todo el trabajo de los misioneros está en tomarles en este estado de decadencia y degradación, para elevarlos al grado moral en que puedan recuperar sus títulos de criaturas racionales criadas á imagen de Dios.

A estos pobres salvages, que sólo se ocupan en procurar al cuerpo el alimento de cada día, disputándosele á veces á las mismas fieras, hay que enseñarles que tie-

nen también un alma que salvar, inmortal y destinada á la felicidad eterna. A sus supersticiones groseras, bárbaras y envilecedoras hay que anteponer el culto del verdadero Dios, infinitamente bueno y justo, y cogerles de la mano, por decirlo así, como una madre que quiere enseñar á su hijo á andar, para demostrarles que el yugo del Señor es suave y ligero. A esta máxima usada entre los indígenas de nuestras comarcas : Cuando tu anciano padre es para tí una carga pesada, quítale la vida, es preciso responder predicándoles el respeto y el amor de los padres enfermos ó sanos.

« Si eres más fuerte que tu vecino, tu enemigo, despójale de sus riquezas. » Ésta es aun la regla de la conducta general entre ellos, la cual promueve estas guerras continuas de tribu á tribu. Por medio de la predicación del Evangelio todas estas animosidades van desapareciendo poco á poco, cae de sus manos el hierro fratricida y saben amar, en vez de odiarlos y combatirlos, á los hombres que tienen las mismas esperanzas y las mismas leyes dictadas por la caridad cristiana ignorada antes de la llegada de los misioneros.

Regreso á la misión. — El árbol oleaginoso — Los hechiceros chambas. — Su privilegio á la muerte del Sultán. — Reliquias. — Los buñuelos del Alto Congo.

Paso en silencio otros muchos incidentes de esta pequeña excursión, porque si fuera á contarlos todo, sería cansarle inútilmente con mis lamentaciones sobre la miseria de estos pobres hijos de Africa y con mi admiración por la belleza de estas montañas donde se ve en toda su expansión la vegetación exuberante de los trópicos. Un

botánico podría formar aquí una magnífica colección de especímenes completamente desconocidos de nuestros sabios de Europa.

Yo me contentaré sólo con presentarle algunas muestras de las más curiosas y el fruto del muscada *sebifera*, árbol de 10 á 15 metros de alto, que es muy común en los barrancos húmedos. Este grande y magnífico árbol, llamado vulgarmente árbol de sebo ó árbol de candela, descubierto recientemente por el M. R. P. Coulbois, nuestro provicario apostólico, podrá sernos de grande utilidad para fabricar aceite de alumbrado. Su fruto, tan grueso como una circuela, contiene un aceite espeso, consistente y abundante, aunque poco aromático, que extraemos fácilmente por medio del agua hirviendo después de haber prensado bien los granos. Este aceite arde muy bien y despide una preciosa llama. El descubrimiento de este fruto, cuyo uso desconocen los indígenas, porque *no es cosa de comer*, es muy precioso para nosotros en estos países, donde carecemos de las cosas más elementales.

Este árbol muscada es probablemente el mismo que en diferentes ocasiones se ha tratado de aclimatar en la Argelia, y que fructifica mucho en la Guyana, de cuyo aceite se sirven para la fabricación de candelas.



El Hermano Gerónimo había derrivado unos treinta gigantes del bosque, y su contento era grande porque habia encontrada lo que deseaba. Tomamos, pues, el camino de la Misión atravesando la famosa tribu de los *Kabamba*, cuyo jefe fué muerto, porque era muy simpático á los misioneros.

En esta tribu, muy numerosa en otro tiempo, pero diezmada estos últimos años por la viruela, habitan los más renombrados hechiceros del país. A estos, con exclusión de todos los demás, está reservado el honor de asistir al sultán del país en su lecho de muerte. Hé aquí como el rey pasa de esta vida á la otra, asistido por ellos.

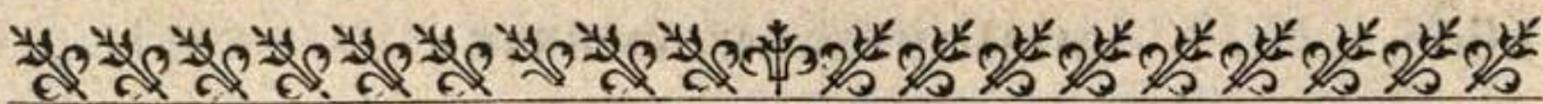
Cuando el sultán enfermo se acerca á su fin, los hechiceros Cahamba allí reunidos le pasan una cuerda al cuello cerrándola poco á poco para ayudarle á morir, y luego, à medida que la muerte se acerca, ó mejor dicho, cuando la hacen acercar, van apretando progresivamente la cuerda hasta que al fin la atan fuertemente al exhalar el último suspiro.

Enseguida proceden á amortajarle en una piel de buey, dentro de la cual queda el cuerpo bien liado y cosido, dejando sólo pasar las manos y los pies.

Al sultán no se le entierra, sino que le cuelgan de un árbol, envuelto en la piel de buey, donde no tarda en descomponerse. Debajo colocan unos cacharros de barro destinados á recojer los gusanos que van cayendo al suelo. Estos gusanos sirven luego para hacer diversas hechicerías ó preparar amuletos.



El sábado por la noche regresamos á Kibanga, á esta querida Misión, en la que se opera un bien sensible, gracias á Dios y á la influencia que ejercemos sobre nuestros cristianos, dignos verdaderamente de este nombre, y sobre los mil catecúmenos muy bien dispuestos que residen cerca de nosotros.



Misiones de América



VICARIATO DEL ATHABASKA MACKENCIA

Mons. Clut, obispo de Arindel, coadjutor de Mons. Faraud, vicario apostólico de Athabaska-Mackencia, nos comunica la carta siguiente, que contiene la interesante relación de una visita de misionero en este país en que el apostolado exige continuos rasgos de heroísmo. Pues, si bien es verdad que estas misiones no ofrecen á los Padres Oblatos la suerte de un martirio sangriento, sin embargo, tienen que habérselas con los elementos y la pobreza; así que puede decirse que el misionero no recoge allí más que alguno que otro consuelo en el curso de su vida. Mas lejos publicamos el retrato de Mons. Clut. Este prelado, hoy enfermo en Montreal, arde en deseos de volver á su misión para proseguir los trabajos de su laborioso apostolado.

CARTA DEL R. P. DUPIRE, O. M. I.,

A Mons CLUT, O. M. I., obispo de Arindel, coadjutor
de Mons. FARAUD

Mision San José, 12 diciembre 1887.

DESDE que se inició el deshielo, todos los Indios que durante el mes de marzo y abril se fueron presentando á mi misión, vinieron casi locos de miedo y me han sitiado literalmente durante dos meses y medio.

Ya sabe V. que estos *bravucones* del bosque necesitan poco para aterrizzarse; así en esta ocasión el motivo

de sus temores era la coqueluche ó pertusis que se cebaba en los niños. Los Indios se figuraban que la *nación* (como ellos dicen con énfasis) iba á desaparecer completamente; y en efecto estaban muertos de espanto. Al principio yo creí que la cosa no pasaria de ser un susto, pero en menos de quince días perecieron catorce niños. Entonces si que se podía decir que, si nuestros queridos Pielles Rojas hubieran tenido en sus manos el poder que, según ellos, tenían sus mayores, de trasformarse á su antojo en cuadrúpedos, todos se hubieran apresurado á tomar cuatro patas y la piel más preciosa de los Montañeses.

En fin, cuando el Señor lo ha tenido á bien, la enfermedad desapareció y con ella la mortandad. Entonces nuestros Indios se hicieron los fuertes, y las madres, que en esta ocasión no imitaron á Rachel, se consolaron bien pronto. Desde que desapareció la causa de temer por su propia vida, ya no vertieron más lágrimas.

Además, los traficantes libres habían hecho su aparición en el Gran Lago de los Esclavos, y los Indios ya no pensaron en otra cosa. ¡Oh! los traficantes libres son como un suceso extraordinario. Nuestros sencillos Montañeses creían que la llegada de los traficantes al Norte, sería para todos el principio de una nueva era de prosperidad y ventura, ó que la edad de ora iba á aparecer para los hijos del bosque. Así es que hace ya muchos años que toda la raza piel-roja esperaba con ansia á los traficantes.

La muy deseada falange, titulada generosa, de los traficantes ó comerciantes libres, llegó por fin el mes de agosto de 1887, y estos señores se dieron gran prisa en desembalar y presentar á la vista de los Indios su cargamento de telas y otros géneros. Pero para entonces la Compañía de la bahia de Hudson había ya acaparado

todas las pieles y los Indios se encontraban con las manos vacías; así que los recién venidos y los Montañeses se miraron mutuamente, éstos llenos de envidia y aquellos indiferentes, lanzando de cuando en cuando una mirada desdeñosa á los salvajes, porque nada tenían que ofrecerles. Después de todo, los Indios, á pesar de su sencillez, llegaron á comprender que los que buscan oro, sea cualquiera la mina que exploten, desean oro y no quieren otra cosa que oro, sin que les importe un bledo la felicidad aun temporal de la pobre humanidad, en cualquier clima y situación que la encuentren. Por lo que á mí toca, estoy bien convencido de que los traficantes, que en su mayor parte no tienen más religión que el oro y el vientre, además de ser poco útiles para nuestros Indios, no pueden sino volverles peores y más desdichados. Así es que yo estaba muy satisfecho cuando mis ovejas, avergonzadas como una zorra sorprendida por las gallinas, me decían con despecho :

« Los *Bes-tcho* no merecen que nos ocupemos de ellos, porque no tratan sino burlarse de nosotros : así que nosotros les deseamos buen viaje y que no vuelvan más... »



Por fin, el 18 de octubre se decidieron los Indios á partir á la caza del estío. Por mi parte, yo me he visto obligado á ocuparme en trabajos manuales; porque nuestra casa, cubierta sólo con tablas ya usadas, no nos preservaba de las lluvias en verano, ni de los fríos en invierno; de modo que era necesario repararla. Y como no era cosa fácil procurarse tablas sin esperar mucho tiempo, nos decidimos á cubrir las que tenía con una buena capa de cal y arena; mas esto era otro nuevo inconveniente,

pues en este delicioso país, cuando se necesita cal, tiene que fabricarla uno mismo. Así que el Hermano, mi único compañero, y yo, nos pusimos á acarrear cierta cantidad de piedra calcarea, de arena y de madera, y luego de cal, sirviendo yo de peón al Hermano que hacía de albañil. Y cuando apénas estaba terminada nuestra obra, la hemos visto destruida casi por completo por las lluvias torrenciales. Sin murmurar nos pusimos de nuevo á la obra con igual ardor, y con tiempo y paciencia hemos conseguido que nuestra casa sea, sino comfortable, por lo menos habitable. Terminada la casa, he tenido yo que ocuparme de la cocina, porque el Hermano empleaba todo el tiempo en la pesca.

En los últimos días del mes de setiembre llegaron algunos Indios del otro lado del lago *Frra-tcherre* con un cargamento de carne para la Compañía. Los Indios habían matado gran cantidad de ciervos en el verano, y habia mucha abundancia en el campamento. Entonces mis feligreses me invitaron á que me aprovechara de su embarcación para visitarlos en sus dominios de caza. Estábamos ya casi á principios de las heladas, y no ignoraba yo que el viaje no dejaría de ser penoso; mas cuando se presenta la ocasión de hacer algo en provecho de las almas, el misionero no puede zozobrar. Así, pues, me embarqué muy contento, á la gracia de Dios, el 31 de setiembre. No quiero serle molesto contándole todas las peripecias de un viaje, que fué largo, peligroso y molesto: Voy á tratar sólo de mencionar de pasada algunas particularidades.

El sitio á donde fui, llamado *Frra-tcherre*, nunca había sido visitado por ningún misionero; pues los que por este lado habían avanzado más, no habían pasado del fuerte de la compañía, llamado *Trralzele-Runce*, adonde tuve el gusto de acompañar á V. hace cinco años. Los

Indios de *Frra-tcherre* componen una banda de mero-deadores pertenecientes á todas las tribus del vicariato de Athabaska-Mackencia, y por la tanto no son de los mejores. En el fondo no son malos, si se quiere, pero son ignorantes y groseros y no ven con buenos ojos al misionero. Si yo he emprendido este viaje do San José á *Frra-tcherre*, es por el deseo de instruirles. Al día siguiente de nuestra partida, la nieve empezó á caer en grandes copos ; de hecho teníamos ya el invierno encima. Desde ese momento perdimos de vista la tierra. V. ya conoce bien este país hasta el puesto de la Compañía, llamado impropiamente Fondo del Lago, y creo excusado hablarce de él.

Desde este sitio el lago va estrechándose hasta el punto de parecer más bien un río, si sus aguas no estuvieran tan agitadas. Éste es de un difícil acceso por las enormes rocas que bordan las orillas, prolongándose hacia la masa de las aguas. De distancia en distancia se encuentran algunos islotes, en los que únicamente se puede refugiar una embarcación en tiempo de tempestad.

Fuera de estos islotes de granito, no se encuentra en todo el trayecto más que una isla salpicada de salces y álamos. En todo el viaje no ha cesado la nieve, ni el viento, ni el frío. Los remos se cubrían de una capa espesa de hielo, que á cada momento había que romper con un hacha. Cuando á los catorce días de nuestro viaje llegamos á *Frra-tcherre*, había ya casi dos pies de nieve. Los ríos y los lagos pequeños estaban tan helados que los viajeros y trineos podían atravesar sin ningún peligro, y solo el Gran Lago era navegable.

No disponiendo más que de una tienda de tela para refugiarme, y temblando siempre de frío (pues había por lo menos veinte grados centígrados bajo cero) tuve que contentarme con oír las confesiones, administrar el bau-

tismo y dar algunos buenos consejos á las ovejas extraviadas, muchas de las cuales me eran desconocidas. Pasé tres días al lado de estos Indios, y casi tengo la seguridad que mi visita no ha sido en vano : por lo menos me dieron las gracias, suplicándome que volviera á verlas. Yo bien quisiera satisfacer sus deseos, y no me arredrarian las fatigas que hubiera de pasar; ¡pero este viaje es tan largo y difícil!...

La vispera de mi partida se celebró un festín seguido de una danza montañesa. Dicho se está que tuve que asistir á él. Este festín, si merece que se le dé tal nombre, consistía en carne de oso hervida y en algunos potes de harina desleida en agua hirviendo; á esto lo llaman *rababo*. No exagero al decir que más de un perro hubiera hecho ascos, si le hubiesen obligado á ser comensal del tal festín; yo por mi parte puedo decir que comí tan bien como un verdadero Piel-Roja.

Si he de hablar de la danza, diré que para nosotros es un escándalo; en cuanto á asistir á ella, yo no sé lo que V. pensará. Pero seguro estoy que no pensará nada, porque, ¡vamos! la danza de nuestros Indios es hasta inocente. Más de una vez le habrán atronado á V. la cabeza los desaforados hurras que lanzan nuestros Montañeses durante su danza. Pero esto es tan *gracioso* que voy á permitirme decir cuatro palabras sobre la á que yo he asistido á la fuerza.

Ya habrá V. visto más de una vez esas cuajadas bandadas de patos que hienden el aire con sus alas, dejando oír su graznido original; pues esto es poco más ó menos la danza de los Indios. Porque, en efecto, los danzantes, movidos como por un resorte eléctrico, estienden repentinamente los brazos, doblando ligeramente las piernas, mientras que los pies marcan un compás imperceptible. Todos lanzan á la vez desaforados gritos, que merecen

de parte de nuestros Indios, siempre muy *modestos*, el pomposo nombre de canto nacional.



El 13 de octubre salí de *Frra-tcherre* con un viento favorable y, navegando á la vela dos días y una noche, llegamos á la punta de una roca donde los montañeses debían esperarnos. Pero dió la desgracia que había poca madera y fué preciso ir á buscarla á dos millas y desde esta distancia acarrearla á costas hasta el campamento. Los indios faltaron á la cita y no llegaron sino el día siguiente muy tarde. Enseguida me puse á la obra, esto es, administré los bautismos y oí las confesiones. Yo estaba literalmente helado y agarré un catarro que me condenó á la impotencia por espacio de algunos días.

El 24 continuamos nuestro camino hacia San José y, Dios sea alabado, llegamos sin grandes trabajos frente á los hielos, el 28, á eso de medio día. Aquí tuvimos que saltar en tierra y permanecer prisioneros en una islita hasta que las aguas del lago no formasen más que una masa sólida. A partir del 28 ha empezado para mí un nuevo género de vida, esto es, la vida de cabaña con los Indios. Ya sabe V. lo que es vivir entre los salvajes, lo poco aseados que son los Montañeses y el desorden que reina en sus cabañas, así que no me han faltado trabajos, yo por mi parte he dicho de corazón mi *fiat*, y dispuesto estoy á sufrir más si en ello va el provecho de las almas.

El 18 de noviembre emprendí la marcha para San José, con un tiempo magnífico, en el que reinaba un frío moderado; el cielo estaba muy claro y alumbraba un sol de primavera; pero en el norte, más que en ninguna

otra parte, se puede decir con el poeta, que acá en la tierra :

Jamás un día plácido y sereno,
Del furioso choque de la tempestad
Ha librado al día venidero.

Así nos lo ha demostrado una vez más la experiencia. El 19 se desencadenó un terrible huracán : el viento norte soplaba furioso, enviándonos una nieve tan espesa que no se veía nada en el lago ; así que los Indios, á pesar de estar acostumbrados á viajar con malísimos tiempos, se separaron del camino y al anocheecer tuvimos la gran suerte de podernos refugiar en una isla de granito y pasar allí la noche al descubierto. Cuando amaneció nos encontramos medio enterrados por la nieve que aun seguía cayendo con abundancia. Dejamos este sitio á todo correr sin saber adonde dirigirnos. Después de una marcha apénas interrumpida de diez y ocho horas, llegamos á San José, en donde de lo íntimo pe mi corazón envié un sincero *Deo gratias*.



Como he dicho más arribá, tenemos actualmente una casa bastante buena ; pero desgraciadamente nos falta una capilla para alojar con decencia al Señor ; mas no tenemos ningún recurso para prepararle una digna morada. En San José estamos muy pobres, tanto que cuando V. pasó por aquí, no pudo menos de decir, que estábamos demasiado pobres. Monseñor Faraud hace todo lo que puede por ayudarnos, pero su corazón es más ancho que su bolsa, y no puede atender á todo...



16

MONS. CLUT, OBLATO DE MARÍA INMACULADA

E

COADJUTOR DE MONS. FARAUD

Vicario Apostolico de la Athabaska-Mackencia.





CRONICA DE LA OBRA

LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE EN LOS ESTADOS UNIDOS

Un excelente diario de New-York, el *Catholic Review*, consagra á nuestra Obra dos notables artículos, cuyos principales pasages nos apresuramos á publicar.

« La limosna que se recoge el primer domingo de Cuaresma en todas las iglesias de los Estados Unidos, dice el *Catholic Review*, es para la Propagación de la Fe; una parte se atribuye á la Sociedad que lleva este nombre y la otra á las misiones establecidas entre los indigenas y los negros de este país. No hay palabras que encomien mejor el objeto de esta limosna, ni qué con más autoridad soliciten la generosidad de los fieles, que la Pastoral de los Padres del tercer concilio general de Baltimore. »

Este periódico cita después una parte de este excelente documento, que tenemos gusto en reproducir aquí.

« Los primeros deberes del cristiano son su familia y su propia parroquia, pero no paran aquí sus obligaciones. La caridad y el celo deben abrasar su corazón, como abrasan el corazón de la Iglesia llamada verdaderamente *católica*, y como abrasan el corazón de Cristo « que murió por todos y que se entregó él mismo por la redención de todos. » El divino precepto de la Iglesia : « Id y enseñad á todas « las naciones; predicad el Evangelio á toda criatura », es siempre obligatorio. Todo el que se interese por las almas debe contribuir al cumplimiento de estas palabras del Señor, y tener á gran dicha y honor cooperar á su realización. Cuanto más apreciamos el don de la fe, tanto mas hemos de desear que se propague á otros. ¿Es que el corazón de todo buen católico no se estremece ante la lectura de los heroicos trabajos de los obreros evangélicos entre las naciones paganas del mundo entero, y sobre todo, entre las tribus indias de nuestro país? El espíritu apostólico es una de las glorias de la Iglesia y uno de los signos distintivos del celo cristiano.

« En todos los grandes Estados europeos hay seminarios para las

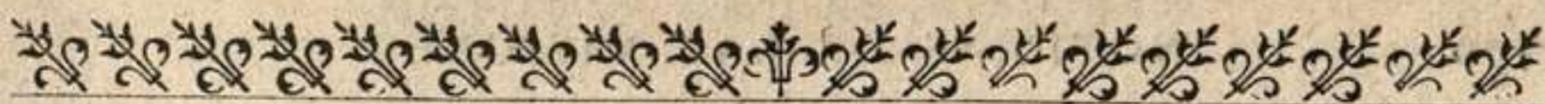
Misiones extranjeras, y los fieles asociados á la Obra de la Propagación de la Fe contribuyen con cotizaciones voluntarias al sostenimiento de estas Misiones. Hasta ahora hemos tenido que agotar todos nuestros recursos para organizar nuestras misiones particulares, sin que nos haya sido posible concurrir de una manera importante al sostenimiento de las misiones del extranjero. Mas hemos de procurar que nuestros cargos personales no hagan nuestro celo poco activo y menos católico.

« Hay en los países idólatras millones de almas que no han recibido aun la luz del Evangelio, y cuya [condición miserable solicita la piedad de todo corazón cristiano... Hemos recomendado, pues, que se establezca la Sociedad de la Propagación de la Fe en todas las parroquias en que ya no lo estuviera, y hemos ordenado que se pida una vez al año en todas las diócesis para las misiones extranjeras y para las de los Indios y Negros de América. Hemos tomado estas disposiciones movidos por un profundo sentimiento de nuestro deber, y esperamos que los fieles no tendrán este llamamiento á su caridad como una penosa obligación, sino como una excelente ocasión de cooperar á una obra tan amada del corazón de Nuestro Señor.

El *Catholic Review* ofrece más adelante el estado general de las limosnas de nuestra Obra en 1886, debidas á los diversos países de Europa y á las demás partes del mundo, y al llegar á la América del Norte, que representa un envío de 100 928 fr., de los cuales 73 932 provienen de los Estados Unidos, detalla la parte perteneciente á cada diócesis y compara los 279 705 francos total de las diversas alocuciones atribuidas á las misiones de la gran República americana con los 288 070 dados por la Obra á las misiones del Canadá y de las Antillas.

Y por fin concluye esta larga relación citando las palabras que figuraban el año pasado en la publicación del informe anual de los *Anales*.

Y nosotros, al terminar esta reproducción, enviamos nuestras cordiales y reconocidas gracias á los Estados Unidos. Gracias á los venerables obispos de la gran República, las limosnas han sido dobles el año pasado, y la América nos da esperanzas que no tardarán en realizarse.



Noticias de las Misiones

EUROPA

EL SANTO PADRE Y EL SULTÁN

Leemos en *el Stamboul* :

« S. B. Mons. Azarian ha recibido una carta del E. S. Bajá Munir, gran maestro de ceremonias y drogman del Diván imperial, en la que S. E. notifica al Patriarca que los presentes acompañados de las frases de felicitación, que S. S. el Papa envió al Sultán, han interesado vivamente á Su Majestad. El Padichah encarga á Mons. Azarian que trasmita á León XIII la espresión de su completa satisfacción y sus respetuosos saludos. »

CEREMONIAS CATÓLICAS EN CONSTANTINOPLA

Mons. Bonetti, delegado apostólico de la Santa Sede en Constantinopla, nos ha hecho el honor de escribirnos la carta siguiente :

« Durante la cuaresma han tenido lugar algunos ejercicios espirituales tanto para los hombres como para las mujeres en las diferentes iglesias de esta capital.

« Uno de los ejercicios más edificantes han sido los de las mujeres, dados por el R. P. Marcel en la iglesia de San Luis.

« Más de doscientas señoras pertenecientes á la alta sociedad de Pera los han seguido con gran recogimiento. Invitado á presidir el fin de estos ejercicios y á distribuir la santa comunión, he quedado edificado de la piedad de las ejercitantes, é impresionado de la humildad de los Reverendos Padres capuchinos franceses de la iglesia de San Luis.

« Esta iglesia, situada casi en el centro de Pera, se presta admirablemente á las ceremonias religiosas. Así es que aquí tienen siempre lugar los sermones de caridad, y los pobres socorridos por las Hermanas cuentan en esta parroquia gran número de bienhechoras.

« En la iglesia de Santa María se han dado otros ejercicios en lengua griega, y en la de San Luis tuvieron también lugar para los hombres,

cuyo predicador fué el P. Marcel. Si el número de estos no igualó al de las señoras, en cambio hay motivos para estar satisfechos.

« En resumen, la piedad está lejos de ser desterrada de Constantinopla, y yo creo que durante la cuaresma las iglesias han estado muy concurridas. Constantinopla es una de las ciudades del mundo en que la generosidad está siempre expuesta á la prueba. Los Griegos, los Armenios y los Persas apelan constantemente á la caridad para atender á las necesidades de sus hospitales, de sus hospicios, dirigiéndose á los particulares.

« Las fiestas de Pascuas se han celebrado con gran pompa en nuestra catedral, á las que asistió el Embajador de Francia, ocupando el puesto que le está reservado para las ceremonias. Los embajadores de Alemania é Inglaterra han asistido también á la misa pontifical. »

ASIA

EL PATRIARCADO DE CILICIA

Mons. Ferahian, arzobispo de Diarbekir y de Edesse, escribe á señor presbítero Humez, párroco de Santa Genoveva de Asnières, diócesis de Paris, una interesante carta, de la que tomamos los pasajes siguientes :

« El Patriarca de los Armenios católicos lleva el título de Patriarca de Cilicia, y tiene su residencia en Constantinopla.

« Hé aquí ahora los arzobispados que están á su cargo : 1. Alep. — 2. Diarbekir. — 3. Mardín. — 4. Malatia (Melitena). — 5. Erzerum. Los obispados son : 1. Karput. — 2. Trebizondo. — 3. Angora. — 4. Cesarea de Capadocia. — 5. Broussa. — 6. Artvin (en la Armenia últimamente conquistada por los Rusos). — 7. Maracha. — 8. Adana (Tarso, patria de san Pablo). — 9. Much. — 10. Chipre. — 11. Sebaste.

« Los arzobispados y obispados cismáticos son tan numerosos que hoy por hoy es casi imposible nombrarlos todos con exactitud.

« El Patriarcado católico cuenta más de trecientos sacerdotes, y el número total de los fieles de todo el Patriarcado se eleva á 100 000 almas.

« Más de 20 000 cismáticos se han convertido en estos últimos años. Sólo en mi diócesis de Diarbekir hemos tenido el consuelo de ver regresar al redil 10 000 ovejas y nueve pastores, en el espacio de dos años.

« Mas ¡ay! que esta cifra es insignificante si consideramos que el número de cismáticos se eleva á 4 000 000. ¡Cuatro millones!

« En mi diócesis solamente hay 300 000 no católicos. Por aquí puede V. comprender cuán inmenso es el campo y cuántos los trabajos!

« Los pueblos nuevamente convertidos desde hace dos años, son los siguientes : 1. Gorit, junto á la antigua Martirópolis. — 2. Hopum en Ligge. — 3. Haine en Ligge. — 4. Gredadem. — 5. Bleider. — 6. Gredi. — 7. Baharzick en Bescieri. — 8. Bascnick en Silvan. — 9. Jiran. — 10. Armack. — 11. Argana. — 12. Eghil en Madou. — 13. Arzoglu, á tres horas de Diarbekir.

« Además, acabo de recibir en Roma la petición de dos pueblos : Bochar y Bacos con cincuenta familias.

« Todos estos pueblos, que en junto son unos quince, cuentan unas 10 000 almas con nueve sacerdotes. ¡Qué magnífica cosecha!

Finalmente, tengo también una nueva cosecha en Gibon y otra en Biregik con ochenta familias, en la diócesis de Edesse (Urfa), cuya administración está á mi cargo... »

FIN CRISTIANO DE UN FUNCIONARIO DE LA INDIA

La superiora del hospital general de Colombo escribía á los Padres de Lourdes hace unos meses :

« Acabamos de dar sepultura al Señor F..., gobernador de Chandernagor, que regresaba á Francia en las Mensajerías, y se había visto precisado á entrar en el hospital. Este funcionario hace mucho tiempo que no practicaba ; pero conservaba muy buenos principios y tenía mucho respeto á la religión.

« Hace tres ó cuatro días fué atacado de terribles vómitos que presentaban todos los síntomas de un cáncer en el estómago. Así que no se hizo ilusiones, y nos dijo : « Hermanas, aquí me enterrarán Vds. »

« Anteayer me dijo el doctor Macdonald :

« — Madre, el gobernador está en gravísimo peligro ; si Vds. tienen alguna cosa particular que hacer por él, tiempo es de pensar en ello. »

« Me presenté enseguida á mi pobre enfermo, el cual, tendiéndome las manos, me dijo :

« — Esto va muy mal. »

« Y sin embargo, cualquiera hubiera dicho que estaba lejos de pensar que podía morir en pocas horas.

« Dándole aire sin hablar una palabra, me puse á rezar el *Ave Maria* por las cuentas de mi rosario. Durante este corto momento tuvo dos ataques de terribles vómitos. Entonces me decidí á hacer una tentativa. Poniéndome de rodillas al lado de su cama, le hablé de esta manera :

« — ¿Qué le pediría á V. en este instante su señora si estuviera aquí ?

« — Yo no sé lo que me pediría, me respondió.

« — De verdad, ¿no lo sabe V. ?

« — No ; digamelo V. »

« Entonces le pregunté si tendria inconveniente en ver al sacerdote.

« — Ninguno.

« — Pues bien, si los médicos no pueden hacer nada por V., el Señor todo lo puede; ya sabe V. que todos pedimos muy de veras por su curación. Su señora y sus hijas le pedirían en esta circunstancia que reciba V. al sacerdote, que se ponga bien con Dios y que le dé su existencia.

« — Pues sí, quiero ver al sacerdote ; pero esta noche estoy cansado, muy cansado.

« — ¡Oh! eso importa poco: él le facilitará á V. todas las cosas. »

« E inmediatamente mandé llamar al R. P. Pulicani que estaba esperando en el locutorio. Eran las seis y media ; confesole el Padre y le dió la Extremaunción y la indulgencia de la buena muerte; pero no pudo recibir la santa Comunión á causa de los vómitos. Después de darle á besar su crucifijo, el Padre rezó por él muy despacio y haciendo una pausa en cada palabra, el *Pater noster* y el *Ave Maria*, y luego se separó de él. Cuando yo volví, después de comer de pie, encontré al enfermo con el delirio y exhaló su último suspiro sin haber recobrado la razon... »

EL HOSPITAL DE NING-PO

La Superiora del hospital de Ning-Po escribe á Mgr Reynaud, lazarista, vicario apostólico del Tché-kiang :

« Nuestra casa, que es la más pequeña de toda su provincia y por consiguiente la más pobre en frutos espirituales, tiene no obstante su parte en las bendiciones del cielo. Ya lo observará V. al ver que durante este año hemos tenido la dicha de dar nuestros cuidados á mil ciento treinta y un enfermos, de los cuales ciento sesenta y

cuatro han dejado la tierra por un mundo mejor, después de haber sido regenerados en las aguas del santo bantismo.

« Aunque los Chinos son por naturaleza poco entusiastas y muy indiferentes á todo, nuestra abnegación es para ellos un misterio en el que no pueden creer. No obstante, entre este pueblo tan aferado á sus supersticiones, hay algunas almas, á las que Dios escoge como conquistas de su amor. Precisamente en nuestro pequeño hospital, que es el punto de reunión de todas las miserias, podemos constatar la obra de la gracia, y más de una vez les oímos decir entre ellos : « La Hermana es como una madre para nosotros. »

« Un día que un pobre joven se lamentaba de que su madre le había abandonado y no venía nunca á verle, su vecino le repuso diciendo :

« — ¿Acaso la Hermana no es mejor que nuestra madre? ¿Es que ella no nos cuida mejor? »

« Así es que casi todos están dispuestos á dejarse instruir, y aun vemos algunos cuyas almas se abren al momento y como naturalmente á las impresiones de la gracia. Y cuando apénas conocen la existencia de Dios, dicen llenos de admiración :

« — ¡Ah! yo no sabía eso ; jamás me han hablado de ello. Yo creo en ese Dios á quien la Hermana adora ; quiero ser bantizado para subir al cielo. »

UN NUEVO VICARIATO APOSTÓLICO EN EL JAPÓN

Se nos ha comunicado la erección de un vicariato en el Japón central. La sede episcopal de esta nueva misión reside en Osaka. Su territorio comprende la parte occidental de la gran isla de Nippón, esto es, la parte situada al oeste de las provincias civiles de Tetchidjen, Mino y Owari ; comprende igualmente la isla Chicucu y los otros islotes dependientes, en cuanto á lo civil, del territorio antedicho. Con motivo de esta separación, el vicariato del Japón meridional ha quedado reducido á las islas de Kiu-Sin, Hirado, Godo, Tsechima, Liu-Kiu y otras islas menos importantes.

El nuevo vicario apostólico es M. Midon, originario de la diócesis de Nancy, nacido en 1840. Habiendo ido de misionero al Japón en 1870, se le confió el cargo de provicario hace trece años de todo el Japón, primero, y del Japón setentrional desde la división en 1876.

POBLACIÓN CATÓLICA DEL EXTREMO ORIENTE

Según el *Madras Directory* de 1888 hay en las Indias y Ceylán 235 631 calólicos, que con los 486 386 que estan bajo el patronato

portugués, forman un total de 1 722 017 católicos. Si á estos agregamos 1 191 935 católicos de China, del Indo-China, del Japón y de Corea, tendremos un resultado de 2 913 950 católicos al este del Indo.

AFRICA

EL JUBILEO EPISCOPAL DEL CARDENAL LAVIGERIE

En Argel se han celebrado magníficas fiestas con motivo del vigésimo quinto aniversario de la consagración episcopal de Su Eminencia el Cardinal Lavigerie. Ésta ha sido para toda la colonia una ocasión de felicitar y desear larga vida al eminente arzobispo, que, según las palabras de Su Santidad León XIII, repetidas en esta ocasión por Mgr Averardi, es uno de los varones que más ha merecido de la Iglesia y de la civilización. El oberano Pontífice había enviado á Argel como delegado especial á Mgr Averardi, consejero de la nunciatura de París, y el mismo día de la fiesta el Supremo Pastor expedía un afectuoso telegrama demostrando la parte que tomaba en el regocijo del Cardenal.

LOS ASILOS DEL AFRICA ECUATORIAL

Mgr León Livinhac, vicario apostólico del Nyanza, escribía últimamente una carta, de la cual tomamos las líneas siguientes :

« Nuestros asilos cuentan hoy ciento ochenta y ocho chicos libertados de los horrores de la esclavitud.

« Al adoptar los misioneros á estas pobres criaturas abandonadas, asumen todas las obligaciones de un padre de familia. Así que tienen que vestir, alimentar, albergar y establecer á sus hijos adoptivos. No vaya V. á creer, sin embargo, que aquí educamos á nuestros chicos en ese lujo europeo; pues si bien procuramos mejorar su suerte aun bajo el punto de vista material, no los sacamos de su género de vida indígena. Todo su traje consiste en un calzón de dril, una piel de cabra y una chaquetilla de materia textil, ó una blusita á falta de esta materia. No tenemos que cuidarnos ni de gorra ni de calzado; pues los negros no sienten hasta ahora estas necesidades. La dureza de su cráneo es impenetrable á los ardientes rayos del sol del Africa ecuatorial, y sus pies, encallecidos desde sus primeros años, son preferibles al mejor cordobán, porque duran toda la vida.

« Su alimento es el mismo que usan los indígenas. Cuando suenan

las doce, todos se entregan con buen apetito á su frugal comida, sobre todo si, como sucede de cuando en cuando, el plato de bananas, de patatas ó de harina de sorgho, está aderezado con intestinos de carnero ó de cabra, bocado exquisito de los negros. Y no hay cuidado que los echen á perder, quitando en el agua *aquello* que constituye su mejor aroma; y sí sólo se contentan con cortarlos en tres ó cuatro pedazos y sacudirlos ligeramente. Mesa, platos, cucharas, tenedores, etc., están demás en las comidas de nuestros negritos. Armados del único tenedor de nuestro padre Adán, toda esta pequeña tropa sale de apuros con admirable habilidad.

« Como nuestros chicos han de verse obligados un día á ganarse la vida, ponemos todo nuestro empeño en inspirarles mucho amor al trabajo. Así que posan la mayor parte del día cultivando la tierra ó ayudándonos en nuestros trabajos manuales. Unos saben ya un poco de albañilería; otros se dedican á la carpintería; otros, en fin, adquieren algunos conocimientos en el arte culinario para preparar á los misioneros la comida, por cierto poco complicada. El negro con su piel de ébano se encuentra entre los cazos y la grasa como en su propio elemento, pues nada es capaz de ensuciarle la piel.

« Todos los días después del trabajo damos á nuestros huérfanos una lección de lectura y de escritura; poniendo nuestro especial cuidado en que aprendan el catecismo. Sólo por medio de la religión esperamos poder transformar estas pobres almas. Y en efecto, desde que empiezan á rezar se opera en ellos un cambio muy notable; cambio que es verdaderamente extraordinario cuando las aguas del bautismo vienen á purificarlos y á hacerlos hijos de Dios. No hay un solo misionero que no haya admirado esta transformación, verdadero prodigio de la gracia... »

LA MISIÓN DE LOS GALLAS

M^{gr} Taurin Cahagne, capuchino, vicario apostólico de los Gallas, escribe de Obok :

« Durante mi estancia en Harar he escrito varias veces á los sacerdotes indígenas de Choa animándolos, instruyéndolos y dirigiéndolos; y aun he podido también enviarles los socorros temporales de que habían menester. Su situación es muy difícil y precaria. Ejercen sobre ellos una constante vigilancia para impedirles el ejercicio de su santo ministerio, y hasta han derrivado nuestra iglesia de Kataba. Esto no obstante, han podido administrar más de seis-

cientos treinta bautismos entre adultos y niños, sin contar algunas bodas y muchas comuniones.

« La mayor parte de los católicos han tenido que emigrar al extremo del país, donde los jefes les son más favorables, y se ven menos vigilados por los inquisidores del obispo hereje. De aquí se originan muchos viajes penosos y aun á veces prisiones y tribulaciones que nuestros sacerdotes europeos sufren con valor.

« El Verbo de Dios no está completamente bajo cadenas ; pero si pesa sobre el país una angustia mortal.

« La expedición italiana tiene embargados los ánimos. Si el éxito corona los esfuerzos de Italia, no tardará en ser un hecho la sumisión de la Abisinia, cosa mal vista por los jefes, pero quizá muy deseada por los pobres y los oprimidos ; esto sería especialmente la libertad de conciencia que anhelan hasta los mismos herejes, y sería también un rayo de esperanza. Si, por el contrario, los italianos llegan á sufrir una derrota, esto dará ocasión á que el orgullo de la Abisinia se estralimite ; á que los Europeos sean más despreciados ; á que toda la libertad religiosa desaparezca, y, en fin, á que el apostolado quede enteramente aniquilado, según el juicio humano, porque hay que tener en cuenta que la sabiduría y bondad de Dios disponen de medios que no alcanza nuestra limitada inteligencia. »

LA MISIÓN DE GUBULAWAYO

Esta antigua estación que el R. P. Depelchin y el P. Cronenberghs fundaron en 1879 en el país de los Matabeles, y que ocuparon posteriormente los RR. PP. Booms y Prestage y el H. Hedley, acaba de entrar en un nuevo período.

Nadie habrá olvidado los infructuosos pasos dados en diferentes ocasiones cerca del famoso rey Lo Bengula para obtener su autorización, á fin de abrir una escuela y enseñar á los chicos la religión á la vez que las artes y los conocimientos elementales. El rey estaba dispuesto á ceder al segundo punto, pero se negaba á admitir el primero, que era la instrucción religiosa. Pero por fin, temeroso de que los misioneros se retiraran y deseoso al mismo tiempo de contar un día para el servicio de su ejército con herreros y carpinteros que saldrían de nuestra escuela, se decidió á dar el permiso tanto tiempo deseado y solicitado. En adelante los Matabeles podrán instruirse libremente en la religión, recibir el bautismo y vivir como cristianos. Además, Lo Bengula hizo concesión á los misioneros de un terreno

situado junto á Umpandini, localidad en que ya antes había permitido al P. Prestage establecerse.

A fines de 1886 el R. P. Prestage tuvo que hacer un viaje á Grahamstown para asuntos de su misión. Antes de partir fué á despedirse del rey, el cual le recibió con las mejores muestras de amistad, rogándole que le trajera algunos presentes. Tan luego como hubo terminado los asuntos que tenía en la colonia, se apresuró el Padre á tomar el camino hacia el interior, en el mes de marzo de 1887.

El jefe de los Matabeles y los *indunas* dispensaron al misionero una excelente acogida, y se decidió este á sacar partido de las buenas disposiciones del monarca y de sus súbditos. El sábado 18 de junio, el R. P. Prestage y el H. Hedley se dirigieron al sitio designado para la nueva estación á la proximidad de Umpandini, sobre la margen meridional del río Umzaza, á corta distancia de la actual residencia de Lo Bengula. El domingo por la mañana, Umsindisi, el induna de Umpandini, seguido de un grupo de ancianos, vino lá visitar á los misioneros en su campamento. El Padre le señaló el terreno que había elegido, con autorización del rey, y el sitio en que se proponía construir. Éste es una banda de tierra excelente para variados cultivos, que descende del pie de una peña hasta el río, midiendo unos mil doscientos metros de largo por doscientos cincuenta á trescientos de ancho. En este terreno existen très manantiales que no se secan jamás. Umsindisi declaró en presencia de todos los suyos, que él garantizaba la posesión al misionero. Este sitio se llama propiamente Umzaza, nombre tomado del río, el cual va á parar al Inquinzi á unos dos kilúmetros más abajo. En ambos hay abundante pesca y alguno que otro cocodrilo. El Kvaal inmediato, Umpandini, cuenta lo menos mil quinientos habitantes.

Al día siguiente el P. Prestage enseñó á los Cafres de Umpandini la manera de labrar la tierra. El conductor de los carros, un joven betchuana, del país de Vleschfontein, y uno de los convertidos por el P. Temming, tomó el arado y en presencia de ellos labró un pedazo de tierra. Después el Padre hizo saber á los espectadores el objeto de su instalación entre ellos, la voluntad del rey y la plena libertad que todos tenían de oír y seguir la enseñanza que se les daría. Al mismo tiempo les prometió que se les enseñaría á labrar sus tierras, y les animó á que pidieran á Lo Bengula algunos bueyes para acostumbrarlos al yugo, con el fin de que supieran tirar del arado y arrastrar los carros del rey.

Después de dejarlo todo bien arreglado, el P. Hedley quedó en

Umpandini, el P. Prestage volvió á Gubulawayo para organizar el transporte del material, cuyo trabajo duró algunas semanas. Se desarmó el almacén de hierro de M. Greite para después armarle en la nueva estación. No había espirado el mes de julio de 1887 cuando el antiguo Gubulawayo estaba ya completamente abandonado, y los misioneros se daban prisa á terminar en Umpandini sus trabajos de instalación, á fin de poderse entregar á la instrucción de los indígenas. Los jefes de todos los pueblos, animados de los mejores sentimientos, esperaban con ánsia la apertura de la escuela. ;Quiera Dios que el éxito responda á tan larga espera!

CONVERSIONES EN MADAGASCAR

En el *Progreso de Imerina* de diciembre último lemos las siguientes líneas :

« La catedral de Tananarive ofrecía el 6 de noviembre un espectáculo imponente, con motivo de administrar M^{gr} Cazet, el sacramento del bautismo á noventa y dos adultos, con toda la solemnidad requerida en semejantes circunstancias. Entre los catecúmenos figuraban tres jóvenes alumnos vestidos á la Europea, llamando mucho la atención. Éstos eran los chicos de la familia del primer Ministro, hijos de Rainizanamanga, y un nieto de Rascaray. Rainizanamanga asistió á la ceremonia para ver la dicha de sus hijos y de su hija que se educa con las Hermanas. Para no pasar por indiscretos nos abstenemos de dar aquí los nombres de las personas distinguidas que en este día se han hecho hijos de Dios y de su Iglesia. Esto sería además una como injuria á su fe; porque demasiado saben ellas que no hay en la tierra nobleza comparable con la de las *Zanaks Andriamanitra*. Esto no obstante, no pasaré en silencio la mayor de todas, esto es, una respetable anciana muy bien conservada, á pesar de sus ochenta años. En sus mejores tiempos fue la *mpitaiza* de Radriaka, y hoy es una digna matrona jubilada. Después de diez y ocho meses de estudio ha salido triunfante en la ruda prueba del exámen. Ahora es ya una excelente néofita, más orgullosa con su rosario que si llevara una preciosa corona... »

AMÉRICA

PROGRESOS DE LA FE EN LA DIÓCESIS DE BROOKLYN

Entre las audiencias concedidas por el Santo Padre en estos últimos días, una merece ser señalada tanto más cuanto que demues-

tra los grandes progresos del catolicismo en la América del Norte. El R. P. O'Hare, rector de la parroquia de San Antonio de Brooklyn, y el comendador P. Hickey, director del *Catholic Review* de New York han tenido el honor de presentar á Su Santidad un album magnífico con las vistas fotográficas de todos los edificios católicos construidos en Brooklyn durante los cincuenta años de sacerdocio de León XIII. Las dos primeras hojas contienen algunas dedicatorias; en la tercera se lee la memoria siguiente :

« Cuando el sacerdote Joaquín Pecci dijo su primera misa el 1º de enero de 1888, aun no existía la diócesis de Brooklyn, ni se contaba en esta ciudad y en toda la isla de Long-Island más que un reducido número de católicos, que sólo tenían una iglesita, pero sin ninguna escuela.

« La erección de la diócesis de Brooklyn data del año 1853, y fué su primer obispo Mons. Longhlin. Para entonces había en toda la isla catorce iglesias, catorce sacerdotes, una sola escuela con dos asilos y nada mas importante, á no ser la esperanza, un pueblo fiel y las bendiciones prometidas por Dios.

« Hoy 1º de enero de 1888, en cuya fecha celebra el Papa León XIII Sumo Pontífice y Vicario de Jesucristo el quincuagésimo aniversario, de su sacerdocio, la diócesis de Brooklyn, gobernada por el mismo I. S. Juan Longhlin, cuenta 300 000 católicos; 182 sacerdotes; 72 Hermanos instructores; 793 Hermanas; 119 iglesias; 9 estaciones; 18 capillas; 4 seminarios; 9 colegios; 17 academias; 95 escuelas parroquiales; 30 000 escolantes de ambos sexos; 9 hospicios; 2 asilos; 4 hospitales; 2 patronatos; 1 asilo de incurables; 2 escuelas industriales. »

OCEANIA

EL PRIMER OBISPO DE LAS ISLAS FIDJI

Mons. Vidal nombrado recientemente obispo de este vasto archipiélago oceánico, ha recibido hace pocos meses la consagración episcopal en la iglesia de Espalion, su país natal (Aveyron). Dentro de poco se dispone á volver á su misión.

Mons. Vidal es el primer vicario apostólico de las islas Fidji. Su vicariato, que comprende 200 islas, cuenta 100 000 indígenas, de los cuales 10 000 han recibido ya el bautismo. El demonio, que reinaba como señor en estas desgraciadas hordas, está haciendo los últimos esfuerzos para impedir su evangelización. Las posesiones dia-

bólicas no son aquí una cosa nueva y más de una vez se ha visto amenazada la vida de los misioneros por hombres furiosos, que evidentemente obraban bajo el impulso de Satanás.

Mons. Vidal se ocupa en este momento en la impresión de un catecismo en la lengua del país. Aquí, como en otras muchísimas misiones, ha sido preciso componer un alfabeto y establecer reglas de la lengua : este trabajo está ya terminado, y muy pronto estarán entre las manos de los pobres indígenas los Evangelios y el catecismo, que contiene la doctrina en formulas claras y breves.

COSTUMBRES DE LOS NEO-HEBRIDENSES

El R. P. Gautret, Marista, y misionero en Puerto Olry, dirige á su familia la carta siguiente, que tomamos de la *Semana religiosa* de Nantes :

« Nuestros pobres salvajes viven como animales en sus bosques : hombres, mujeres y niños andan completamente desnudos. Su color es el mismo que el de los Caledonios, pero tienen el aspecto menos feroz, aunque son paganos como aquellos.

« Los niños son muy simpáticos y muy abiertos ; se acercan á nosotros sin temor y no tienen miedo de hablarnos. Por supuesto que nosotros no les entendemos, y eso les hace reir mucho. Entonces se esfuerzan por hacernos comprender lo que quieren decir, empleando mil signos y gestos. A mí me gusta mucho oír á estas pobres criaturas, que, después de una larga conversación, le dicen á uno al despedirse : « ... *Malro reneabole, lakerene, alame.* — Tú te quedas, « yo me voy, hasta la vista, hasta mañana. » Jamás se separan estos salvajes de una persona á quien quieren honrar, sin dirigirle estas palabras.

« Ya ven Vds. el trabajo inmenso bajo todos conceptos, que emprendemos en estas islas, y la gran necesidad que tenemos de oraciones y sacrificios para la conversión de estos amados salvajes. Ahora estamos ocupados en hacer una casa ; porque la modesta cabaña que por el momento habitamos, es ya demasiado pequeña y no nos preserva de las lluvias. Actualmente somos dos Padres, un Hermano coadjutor y cuatro cristianos que con nosotros han venido de Nueva Caledonia, para ayudarnos á instalar nuestro ajuar...



Necrología

Monseñor BRUYÈRE

VICARIO GENERAL DE LA DIÓCESIS DE LONDON (CANADA)

El 13 de febrero murió en London Mons. Bruyère, prelado romano, vicario general de la diócesis de London (Alto Canadá).

Nació en Viricelle, cantón de Chazelles-sur-Lyon, é hizo sus primeros estudios en Verrières, ingresando luego en el seminario de Lyon. Después de varios años de ministerio siguió á Mons. Flaget, obispo de Luisvilla, á Kentucky (Estados Unidos). Cuando murió Mons. Flaget, se presentó á Mons. Charbonnel, obispo de Toronto, á quien había conocido en Lyon. Este prelado le recibió con verdadero júbilo, le puso al frente de la catedral y le nombró vicario general. Al obtener el obispo de Toronto la autorización del Papa para renunciar á este obispado el año 1860, y retirarse al noviciado de Capuchinos de Roma, Mons. Bruyère se ofreció á Mons. Walsh, obispo de London, en cuya capital ha pasado los últimos veintiocho años de su vida.

R. P. GANDEL

SUPERIOR DE LA MISION DE LA COSTA DE ORO

« Angel Gaudeul nació en Saint-Meloir-des-Ondes (Ille-et-Vilaine) el 10 de marzo de 1848, y, después de brillantes estudios, entró en el gran seminario de Rennes en 1866, y posteriormente en las Misiones Africanas de Lyon en 1869.

El 5 de julio de 1873 se embarcó en Southampton para la misión del Cabo central y fundó la estación de Pella, junto á la cual se fueron agrupando los Boers de Namaqualand.

Llamado á Lyon fué encargado de una cátedra de teología; pero el misionero no podía olvidar sus Hotentotes. Así es que en 1886 recibió con júbilo el decreto de la Propaganda nombrándole superior de la prefectura apostólica de la Costa de Oro, y el 5 de octubre se embarcó en Burdeos para Elmina. Los escasos recursos de la misión de Elmina no habían permitido hasta entonces la construcción de una casa para los misioneros. Pero él, que con sus propias manos había hecho la casa de Pella con todas sus dependencias, construyó aquí también, con la ayuda de algunos negros, una casa muy bien situada. Obligado á vigilar, bajo un sol abrasador, los trabajos de construcción, el buen Padre sintió un fuerte dolor de cabeza, y á continuación se declaró una terrible fiebre que le arrebató la vida después de una larga agonía.

R. P. Noel BAUDIN

DE LA CONGREGACION DE LAS MISIONES AFRICANAS DE LYON

Noel Baudin nació en Moux, en las montañas del Morvan, el 25 de diciembre de 1844, y entró en las Misiones Africanas en 1864. Cuatro años más tarde pasó á Dahomé á ofrecer las primicias de su sacerdocio. Allí se entregó con ardor al estudio de las lenguas necesarias para la misión, tales como el djedji, el yoruba, el portugués y el inglés. Este celoso misionero tomó una parte muy activa en la fundación de la quinta de Toepo, y dirigió igualmente los trabajos de la iglesia de Lagos, que es el monumento más notable del Africa occidental.

A principios de 1886 emprendió un viaje de exploración por la Guinea, atravesó países completamente desconocidos y llegó por último á Oyo, capital del Yoruba, donde fué nombrado superior de la misión que el R. P. Chausse acababa de fundar.

Con la ayuda de algunos Negros, el P. Baudin levantó una casa de habitación, y en pocos meses administró varios cientos de bautismos: pero desgraciadamente una terrible disenteria le puso á las puertas del sepulcro. Obligado á volver á Francia, siguió tirando entre la vida y la muerte unos tres meses. Siendo necesaria una operación muy dolorosa, el Padre la sufrió con heróico valor; pero era ya tarde, y aquel mismo día subió al cielo á recibir su recompensa el alma del misionero.

M. BAILLOUD

MIEMBRO DEL CONSEJO CENTRAL DE LA PROPAGACION DE LA FÉ

Encomendamos á las oraciones de nuestros lectores y á los sufragios de los misioneros el alma de Mr. Bailloud, miembro del Consejo central de París, fallecido en Tours.

Mr. Bailloud era un cristiano tan modesto como eminente en sabiduría y virtud. Si después de varios años, por causa de su avanzada edad y por hallarse lejos de París, no tomaba ya parte en los trabajos del Consejo de la Propagación de la Fe, su corazón estaba unido á la grande Obra, por cuya prosperidad se interesaba muy de veras, y no cabe duda que Dios habrá dado á este hombre de bien la corona reservada al siervo bueno y fiel.

Le Gérant, TH. MOREL

LYON. — IMPRIMERIE PITRAT AINÉ, RUE GENTIL, 4.